

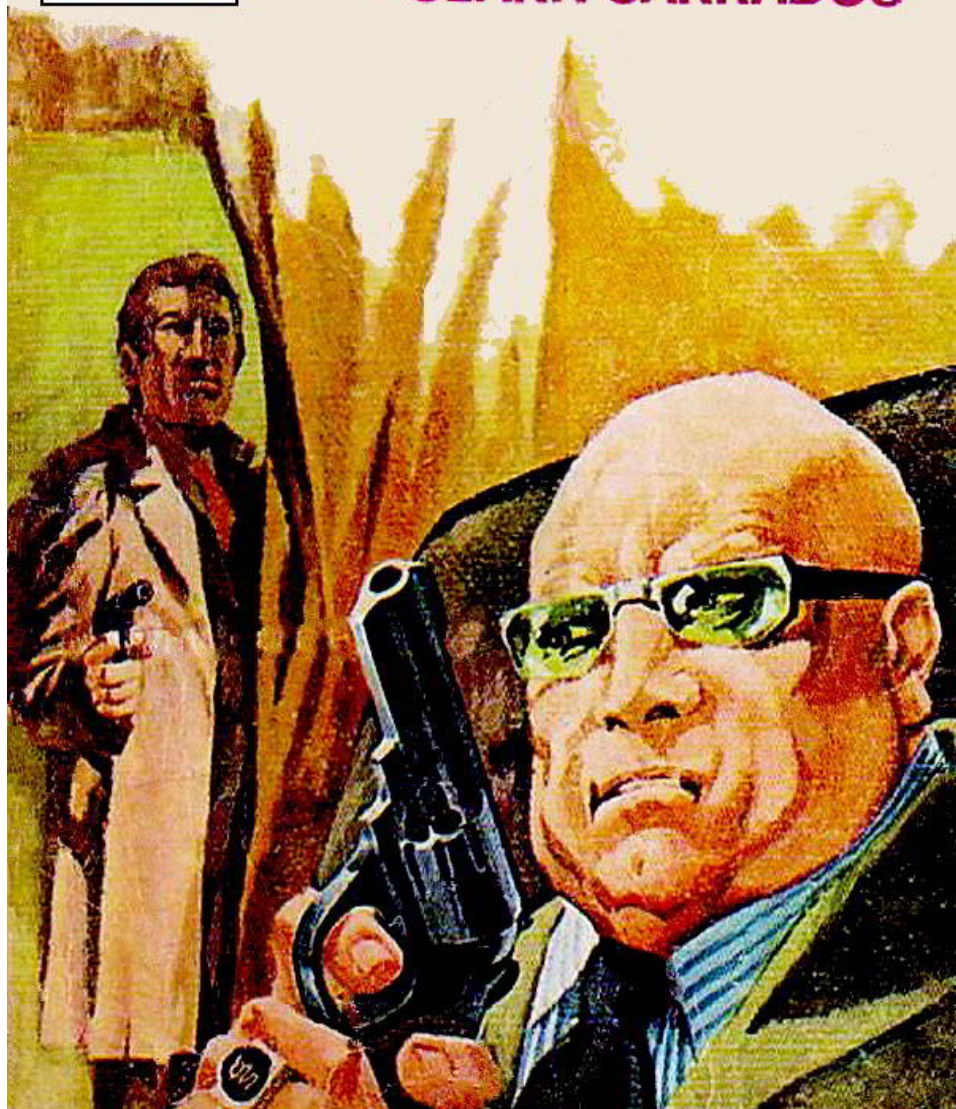
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el caso "Alí Babá"

CLARK CARRADOS



La casa estaba completamente a oscuras. Era una mansión de lujo, con dos plantas y ático. Estaba rodeada por un extenso jardín, plantado con árboles de gran altura y frondosa copa, y en el que abundaban los espacios con verde y jugosa hierba. También, naturalmente, una piscina, en cuya superficie líquida podría maniobrar sin dificultades un patrullero de la Armada. Pero al ladrón fantasma no parecía interesarle el decorado exterior de la casa.

Nadie le había visto de cerca hasta entonces. Si alguno lo hubiera conseguido, se habría llevado una gran sorpresa.

Era de mediana estatura y vestía una malla negra, de una sola pieza, con capucha integral, que sólo tenía cuatro orificios, para los ojos, nariz y boca. Visto de espalda, hubiera parecido un muchacho esbelto y aficionado a los deportes.



Clark Carrados

El caso «Alí Babá»

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1334

ePub r1.0

Lds 06.09.18

Título original: *El caso «Alí Babá»*

Clark Carrados, 1976

Cubierta: Washington Rodríguez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

¡NUEVO GOLPE DEL LADRON FANTASMA!

¡EL LADRON FANTASMA ACTUA DE NUEVO!

¡IRRESISTIBLE, EL LADRON FANTASMA!

«Una vez más, el ladrón fantasma actuó con su diabólica habilidad de costumbre, al asaltar la mansión del acaudalado magnate de los transportes, Henry K. Keen, de donde se llevó joyas por valor de ciento veinte mil dólares... El robo se produjo alrededor de las tres de la madrugada, ya que a esa hora uno de los vecinos creyó ver una sombra oscura que abandonaba la residencia del señor Keen. Puesto que todos los ocupantes de la casa se encontraban en ella, aunque nadie percibió la menor anomalía, es de suponer que la sombra divisada por el testigo fuese el sujeto a quien la voz popular ha dado en denominar el “ladrón fantasma”. Supuesto que los esfuerzos de la policía por detenerlo han sido inútiles hasta el momento, el público se pregunta: ¿dónde asestará su próximo golpe el “ladrón fantasma”? Y nosotros, por nuestra parte, nos permitimos aconsejar a los propietarios de joyas de valor, que procuren guardarlas en lugar seguro, lejos de los ágiles e infalibles dedos del “ladrón fantasma”».

La casa estaba completamente a oscuras. Era una mansión de lujo, con dos plantas y ático. Estaba rodeada por un extenso jardín, plantado con árboles de gran altura y frondosa copa, y en el que abundaban los espacios con verde y jugosa hierba. También, naturalmente, una piscina, en cuya superficie líquida podría maniobrar sin dificultades un patrullero de la Armada. Pero al ladrón fantasma no parecía interesarle el decorado exterior de la casa.

Nadie le había visto de cerca hasta entonces. Si alguno lo hubiera conseguido, se habría llevado una gran sorpresa.

Era de mediana estatura y vestía una malla negra, de una sola pieza, con capucha integral, que sólo tenía cuatro orificios, para los ojos, nariz y boca. Visto de espalda, hubiera parecido un muchacho esbelto y aficionado a los deportes.

Visto de frente... Las curvas superiores eran inequívoca y firmemente femeninas. El ladrón fantasma era una ladrona.

Llegó a la casa, acercándose por la trasera de los edificios que componían aquella calle residencial, separados entre sí por distancias mínimas de cien metros. Alcanzó el edificio y lo estudió durante unos minutos, confundida con el tronco de un abeto de monumentales dimensiones.

Al cabo de unos segundos, la ladrona se dispuso a actuar.

Lo primero que hizo fue desconectar la alarma. Sabía dónde estaba el interruptor general y, no sólo lo desconectó, sino que lo inutilizó. Cualquiera que lo advirtiese, quedaría impedido de hacerlo funcionar de nuevo.

En torno a su esbelta cintura, la ladrona llevaba un cinturón, con algunos departamentos. Se acercó a una de las ventanas, sacó un diamante de vidriero y trazó un círculo en el cristal.

Minutos después, penetraba en la casa. No habría huellas en el cristal; las manos de la ladrona estaban enfundadas en unos guantes de finísimo tejido, que no restaban apenas tacto a sus dedos.

Lentamente, sin hacer el menor ruido, la ladrona subió al piso superior. Entró en una vasta sala y se dirigió rectamente a un gran cuadro, mediocre copia de un Turner. El cuadro giró a un lado y la caja fuerte quedó al descubierto.

La minúscula linterna de que se había servido hasta el momento quedó sujeta a su frente por un fleje circular de acero. De este modo, tenía las dos manos libres.

Empezó a actuar. Sus dedos sensitivos movieron sin demasiadas dificultades las ruedecillas de la combinación. Un par de minutos más tarde, la puerta de la caja giraba silenciosamente a un lado.

En el interior de la caja fuerte, se veían dos, planas, de color negro y forma rectangular, de tamaño doble del de una caja de cigarrillos. La ladrona abrió las dos cajas sucesivamente.

Había llevado consigo una bolsa de terciopelo. Las joyas que había en ambas cajas fueron a parar a la bolsa.

Acto seguido, la ladrona cerró la caja e hizo girar el cuadro. De pronto, cuando ya se disponía a abandonar la sala, oyó voces que se acercaban.

No lejos del muro en que estaba la caja fuerte, había un gran ventanal, protegido por unos pesados cortinajes de color rojo oscuro. La ladrona saltó hacia allí, corrió las cortinas y apagó la luz que todavía continuaba en su frente.

Apenas un segundo más tarde, se abrió la puerta de la sala. Dos personas, hombre y mujer, penetraron en la estancia, después de que el primero hiciera funcionar el interruptor de la luz.

Uno de los ojos de la ladrona contemplaba la escena, a través de la ranura de las cortinas. La mujer, aunque madura, era todavía muy hermosa y vestía de un modo espectacular.

El hombre era algo más joven, unos treinta y cinco años. Sus relaciones con la mujer no parecían ser muy amistosas, a juzgar por el tono áspero de la discusión que sostenían.

Súbitamente, la mujer volvió la espalda a su acompañante y se acercó a una mesita en la que había servicio de licores. Entonces, él sacó un revólver de cañón corto, apuntó cuidadosamente y disparó.

Ella se estremeció terriblemente. Dio un par de traspiés y acabó por rodar sobre la alfombra. En su desnuda espalda, una mancha de sangre se ensanchaba con gran rapidez.

El hombre inspiró con fuerza. Luego guardó el revólver.

Se inclinó sobre la mujer y tomó su pulso.

La ladrona continuaba inmóvil, silenciosa. El asesino se incorporó al cabo de unos segundos.

En el bolsillo posterior de los pantalones tenía unos guantes de

seda blanca, que se puso inmediatamente. Luego fue hacia la caja fuerte.

Tardó muy poco en abrirla. Menos tardó todavía en lanzar un rugido de cólera.

Estuvo unos momentos inmóvil, contemplando con ojos de asombro las cajas vacías. Luego, con gesto lleno de cólera, pegó ion manotazo a la puerta de la caja fuerte y se separó de la pared.

—Maldita —apostrofó a la muerta—. Me has engañado...

El asesino no podía continuar en la casa. Las paredes, la recia puerta de roble tallado y los espesos cortinajes habían amortiguado considerablemente el ruido del disparo. Pero la hora era ya muy avanzada y debía abandonar cuanto antes el escenario de su crimen.

El insulto dirigido a la muerta le pareció poco y, al pasar por su lado, le arreó un tremendo puntapié en el costado. Ella se movió ligeramente, pero no dijo nada.

Minutos más tarde, la ladrona abandonó su escondite. Pasó junto al cadáver, sin concederle una mirada, y salió de la estancia en busca del mejor camino para abandonar la residencia.

* * *

Con el periódico en las manos, Val Drexell recorrió el pasillo, hasta llegar a la puerta. Drexell se sentía enormemente interesado en la noticia que el *Ransdowe Monitor* traía en una escandalosa primera plana:

¡PRIMERA VICTIMA DEL LADRON FANTASMA!

«Ayer, a las nueve de la mañana, fue descubierto en su casa el cadáver de la señora Marjorie Clawborne, asesinada de un tiro en la espalda, que le causó la muerte instantáneamente. Su caja fuerte, donde guardaba alhajas de gran valor, apareció vacía. Dick Maine, último acompañante de la señora Clawborne, declaró que fue con ella hasta su residencia, en donde la dejó hacia las tres de la mañana, después de haber asistido juntos a una fiesta. El señor Maine se muestra

abrumado por el dolor. “La amaba intensamente, pese a la diferencia de edad. No puedo comprender todavía el hecho de que haya muerto...”».

—Menudo sinvergüenza —calificó Drexell al sujeto que había hecho semejantes declaraciones—. Lo que tú amabas de verdad era la «pasta» de la pobre y tonta señora Clawborne...

Drexell abrió la puerta con una mano y entró en el departamento, dirigiéndose a su despacho. De pronto, oyó una voz femenina:

—Anoche soñé que estaba en una gran mansión, muy lujosa. Había muebles y artículos de decoración de gran valor. No sabría decir cómo había llegado yo a aquella casa, pero el hecho es que estaba allí y no me resultaba desconocida.

»La casa estaba solitaria y a oscuras. Subí por la escalera principal y llegué al piso superior. Entonces...

—Entonces, alguien hizo ¡bang!

Se oyó un grito de susto.

Una hermosa muchacha, tendida en un diván, se sentó de golpe y miró al recién llegado con ojos desorbitados por el asombro.

—Lo siento, doctor —se disculpó—. Debí quedarme dormida, esperándole, y sin duda soñé en voz alta...

Drexell frunció el ceño.

—¿Ha dicho doctor? —preguntó.

—Sí. Usted es el doctor Drexell...

De pronto, el recién llegado dio media vuelta y corrió hacia la salida. Abrió la puerta, contempló un momento el rótulo que había en ella y volvió de nuevo al despacho.

—Esos condenados decoradores no han quitado todavía el rótulo —dijo—. Yo no soy el doctor Drexell, psiquiatra, sino su hermano.

Ella se puso una mano en la boca.

—Pero, yo...

—Lo siento, señorita, temo que se ha equivocado. Mi hermano se ha establecido en otro lugar de la ciudad. El es Víctor y yo Val Drexell, abogado, investigador privado y asesor de alguna que otra empresa comercial.

—Vaya, qué chasco —se quejó la muchacha.

Drexell sonrió.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Si lo prefiere, le daré la dirección y el teléfono de mi hermano, señorita...

—Karen Lake —se presentó ella, a la vez que se ponía en pie.

—Encantado, señorita Lake. Repito que lamento esta confusión. Mi hermano, el psiquiatra, ha progresado mucho en los últimos tiempos y se ha mudado a un departamento en consonancia con su nueva posición. Le daré las señas y...

Karen movió una mano.

—No es necesario —dijo—. Creo que ya no hay motivos para que necesite la ayuda de un psiquiatra.

—Se le ha pasado pronto —sonrió él.

—He pensado que debo esforzarme en solucionar yo misma mis propios conflictos. Señor Drexell, ahora quien debe disculparse soy yo.

—De todas formas, si necesita algo...

—No, muchas gracias.

—La acompañaré.

Karen, observó Drexell, era de buena estatura, pelo oscuro y ojos claros. Su figura poseía una esbeltez agradable de contemplar. Vestía sin extremosidades, aunque la ropa era buena y de mucho gusto, tanto en el corte como en el colorido.

—De todas formas, si un día cree que puede necesitar a mi hermano, llámeme —dijo, cuando abría la puerta.

—Lo tendré en cuenta. Buenos días, señor Drexell.

—Adiós, señorita Lake.

Drexell volvió a su despacho. Una muchacha preciosa, pensó.

Pero ¿cómo diablos podía tener conflictos interiores una chica de la apariencia de Karen?, se preguntó.

Estaba sana y daba la sensación de ser muy equilibrada.

«Y esta clase de personas no son precisamente las que hacen ricos a los psiquiatras», terminó sus reflexiones, mientras se sentaba tras la mesa de despacho a terminar de leer el *Ransdowe Monitor*.

CAPÍTULO II

Cuarenta y ocho horas más tarde, Drexell hizo una llamada telefónica a un policía amigo suyo.

—Ray, creo que tengo algo interesante para ti —dijo.

—¿De veras?

—Sí, escucha un momento. He podido leer el informe completo de la autopsia hecha a la señora Clawborne.

—No me hables de este asunto —se quejó el teniente Oliver—. Ya teníamos bastante con las joyas que robaba el ladrón fantasma y ahora hemos de añadir un asesinato...

—Ray, yo opino que el ladrón fantasma no mató a la señora Clawborne.

—Vaya, el abogado nos ha salido listillo —dijo Oliver burlonamente—. ¿Cuáles son tus razonamientos en contra de estas suposiciones?

—Primero, el ladrón fantasma dejaba todo tal como —lo encontraba, después de sus asaltos, con lo que los robos, a veces, tardaban días en ser descubiertos. En la ocasión presente, se encontró vuelto el cuadro que ocultaba la caja fuerte y la puerta de ésta cerrada incompletamente...

—Sí, ya lo sé, pero el ladrón debió de ser sorprendido por la dueña de las joyas y le disparó un tiro. Luego tuvo que escapar para que no le atrapasen.

—Perdona, Ray, pero tu razonamiento no es lógico.

—Val, tengo mucho trabajo...

—Más tendrás si no me haces caso. ¿Dónde apareció muerta Marjorie Clawborne? Tú viste el cadáver, ¿no es cierto?

—Sí, claro, estaba casi en el centro de la habitación...

—Pero más cerca de las ventanas que de las puertas. Si el ladrón

la mató porque ella le sorprendió, tendría que haber caído más cerca de la puerta, que es lo que le habría pasado a cualquier persona al intentar escapar para pedir socorro. Ella, recuérdalo bien, estaba al pie de la mesa con el servicio de licores.

—Es cierto —admitió Oliver preocupadamente—. No resulta lógico que la señora Clawborne corriese hacia la ventana, para escapar de un hombre que la apuntaba con el revólver. Y, en todo caso, el teléfono estaba sobre una mesita auxiliar, también muy cerca de la puerta. Se encontró una botella calda, que no se había roto, dado el grosor de la alfombra.

—Pero, además, hay algo todavía que reafirma mi hipótesis.

—Bien, habla. Val.

—El forense encontró una huella en el cuerpo de la interfecta, en el costado derecho, ella cayó hacia la izquierda, un poco más abajo de la cintura. El forense dice que es la señal inconfundible de un puntapié.

—El ladrón le dio una patada...

—Ray, el ladrón fantasma usa, es de suponer, zapatillas blandas, para no hacer ruido. La huella apreciada en el cadáver corresponde a la puntera de un zapato de salón. De hombre, para más detalles.

—Estoy empezando a pensar...

—Por si fuera poco, la huella tiene un trazado digamos paralelo al eje del cuerpo humano. Es una huella un tanto alargada y eso significa que la señora Clawborne recibió el puntapié estando ya en el suelo.

—Pero ¿por qué diablos iban a pegarle una patada, si ya estaba muerta o, en el mejor de los casos, agonizando?

—Ray, usa tu cerebro. La caja fuerte había sido desvalijada ya. El hombre que mató a Marjorie iba también a por las joyas. Encontró la caja vacía y, rabioso, pegó una patada a la muerta.

—¿Maine? —dijo el policía dubitativamente.

—En tiempos, a los tipos como él se les calificaba de una forma nada agradable. Ahora se les dice

play-boy

, pero, en realidad, son *gigolós*. Maine tiene treinta y cuatro años y un tipo apuesto, pero nada más. La señora Clawborne, dos veces viuda y tres divorciada, le pasaba catorce años al menos, a pesar de que, bien vestida y mejor maquillada, aparentaba ser casi una

jovencita.

—Maine era su acompañante habitual en los últimos tiempos.

—Sí, y no por amor, diga lo que diga. Si investigas sus antecedentes, te encontrarás con un par de casos semejantes a los de Marjorie, aunque, por fortuna para las interesadas, no terminaron en asesinato. Y todavía debe de tener algo más por ahí..., pero eso es ya cuestión tuya y no mía, aunque, de todos modos, pienso ver a Maine.

—Val, ¿quieres decirme qué interés tienes tú en este asunto?

—Te diré. El ladrón fantasma ha realizado ya siete robos, incluyendo el último. Cuatro de las personas robadas, tenían sus joyas aseguradas en la Imperial. Me han encargado que investigue paralelamente a sus investigadores oficiales. La Imperial tendrá que pagar, en total, más de seiscientos mil dólares por esos cuatro robos. Ahora, añade los tres restantes y ya me dirás cuál es el botín del ladrón fantasma.

—Prefiero no pensarlo. A un pobre policía, que tiene dificultades para llegar a fin de mes, como yo, le dan vértigo esas cifras. De todas formas, suerte. Val.

—Lo mismo digo, Ray.

* * *

Los ojos de Dick Maine contemplaron con recelo y mal humor a su visitante.

—Si es un periodista, largo. Si es un policía, ya he hablado bastante. Y si es un vendedor...

—Soy vendedor de felicidad, señor Maine —dijo Drexell sin amilanarse.

—Vaya —rezongó el otro—, es la primera vez que oigo a alguien vender felicidad. Yo creí que eso se regalaba.

—La felicidad, señor Maine, se consigue descargando la conciencia.

—La mía está muy limpia...

—Oiga, ¿por qué seguimos hablando en el pasillo?

Maine frunció el ceño.

—Está bien, quiero que sepa que, sea quien sea, no tengo nada que esconder —rezongó.

Drexell cruzó la puerta y se halló en un departamento elegantemente amueblado, aunque sin excesivo lujo. Era poco para un tipo como Maine, demasiado ambicioso, se dijo.

Marjorie había muerto inoportunamente para él. Pero si ella era la fuente de ingresos del

play-boy

, ¿cómo se le había ocurrido matarla?

—¿Quiere algo de beber? Por cierto, aún no sé su nombre —dijo Maine.

—Drexell, abogado e investigador.

—Muy bien, adelante.

—Las joyas robadas a la señora Clawborne valían trescientos mil dólares mal contados.

—Lo sé. No sólo las había visto más de una vez, sino que ella misma me lo había dicho así.

—Ya no estaban en la caja cuando usted la mató.

Maine tenía la botella en una mano y una copa en la otra.

—Yo la maté —dijo, impávido—. Claro, la amaba tanto...

—Usted quiso robar las joyas, pero se encontró con que el ladrón fantasma se le había anticipado. Entonces, furioso, disparó contra ella por la espalda.

—Siga, siga, esto se pone divertido.

—Y le pegó una patada en el costado, más abajo de la cintura, después de muerta, furioso porque las joyas ya no estaban en la caja fuerte, achacándole a ella su falta, en aquellos momentos. No se le ocurrió que el ladrón fantasma había estado antes que usted.

—Y estuvo, ¿no? La policía ha descubierto un cristal agujereado en la planta baja. Eso demuestra...

—El ladrón fantasma siempre deja todo en orden. Usted dejó el cuadro que tapaba la caja fuerte vuelto del otro lado. La puerta de esa misma caja no estaba cerrada del todo. Eso es algo que el ladrón fantasma no ha hecho jamás.

Maine había tomado media copa, mientras su visitante exponía la teoría. Acabó la copa y se sirvió otra dosis.

—Nunca he usado revólver —dijo, dificultosamente.

—Hasta hace tres noches, señor Maine.

Sobrevino un espacio de silencio. De pronto, Maine dejó resbalar la copa de los dedos y se tambaleó.

—Me siento mal... —gimió.

Súbitamente, Drexell percibió un débil aroma en la estancia.

Olor a almendras amargas.

Cianuro potásico.

Maine rodó por la alfombra. En sus labios había una ligera espumilla viscosa. Sus ojos volteaban horriblemente en las órbitas, a la vez que se agitaba con espasmódicas convulsiones.

Ni siquiera podía hablar ya. Drexell saltó hacia el teléfono y marcó el número de la policía. Pero era fácil advertir que ningún médico en el mundo sería capaz de salvar a Maine.

* * *

El teniente Oliver se acercó a la botella y olisqueó su contenido.

—No sé cómo diablos no pudo advertirlo Maine —dijo.

—Estaba nervioso. Además acababa de bañarse y afeitarse. Eso le había impregnado la nariz de olores de varios perfumes: jabón de baño, el de afeitar, la loción para después del afeitado... Tú mismo, por las mañanas, más de una vez, al salir del baño no percibes el olor del café y los huevos fritos con la intensidad habitual.

—Es cierto —admitió el policía.

—Bueno, además él no esperaba ser envenenado. Yo le había puesto nervioso. Cualquiera, en sus circunstancias, habría necesitado un trago. O dos, que fueron los que tomó Maine.

—Pero el que le puso el cianuro potásico en la botella, no podía saber...

—Estoy seguro de que sabía que él mató a Marjorie Clawborne y que, a la fuerza, tenía que estar nervioso. Maine era un *play-boy*

, un tipo que explotaba su físico, no un pistolero habituado a tirar de gatillo. Que mató a la señora Clawborne, para mí, está fuera de toda duda. Ahora, los motivos...

—Las joyas, ¿no?

—Sí, pero ya no las encontró, porque había intervenido el ladrón fantasma. Ahora bien, ¿para qué diablos necesitaba Maine unas joyas por valor de trescientos mil dólares?

—Quizá no las quería todas, suponiendo que fuese cierto lo que tú dices, Val.

—Bien, no las quería todas. El caso es que conocía la clave de la caja fuerte...

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Oliver.

—Está bien claro; el ladrón pasó por allí antes que él y «limpió» la caja fuerte. Pero lo dejó todo en orden, según su costumbre. Por tanto, Maine tuvo que abrir la caja utilizando la clave.

Un agente uniformado salió del interior en aquellos instantes, portando en la punta de los dedos dos guantes de seda blanca, finísimos.

—¿Teniente? —llamó.

Drexell y Oliver contemplaron los guantes. El primero tuvo una inspiración.

—Ray, haz que examinen esos guantes —dijo—. Seguro que, en la parte de las yemas, tienen partículas microscópicas de polvo con algo de grasa. Una caja fuerte nunca está absolutamente limpia de grasa.

—Es una buena idea —convino Oliver—. Mac, envuelva los guantes con todo cuidado y llévelos al laboratorio.

—Sí, teniente.

—El arma no ha aparecido, señor —intervino otro policía.

—Sigan buscando. Abajo, en los sótanos, está el aparcamiento. Hay papeleras, cubos de basura... Miren también en los departamentos de ropa sucia, en el montacargas, en las cisternas de los inodoros...

—Sí, señor.

Drexell se dirigió hacia la puerta.

—Ahora sólo tienes que averiguar quién puso cianuro en la botella —dijo.

Oliver torció el gesto. Drexell llegó a la puerta.

—Se me ocurre una idea, Ray —dijo.

—Habla, genio —pidió irónicamente el policía.

—Quizá el ladrón fantasma fue testigo del asesinato.

—¿Escondido en la casa?

—¿Por qué no? He estado allí y he visitado el lugar del crimen. Hay dos grandes ventanales, con profundos huecos, protegidos por sendas cortinas de tejido muy espeso. Es el lugar ideal para esconderse y espiar, sin ser visto.

—También pudo ocurrir que Maine viese al ladrón fantasma.

—Entonces, hubiéramos encontrado dos cadáveres. Maine quería las joyas, todas o parte, para sí solo.

—¿Por qué supones eso, Val?

Drexell se encogió de hombros.

—He hablado con la servidumbre, ausente aquella noche. Una doncella me ha dicho que, últimamente, Maine y la señora Clawborne discutían bastante.

—Vaya, es la primera noticia que tengo sobre el particular —resopló el policía.

Drexell le guiñó un ojo.

—No es por presumir, pero hay algunos años de diferencia entre los dos, aparte de quince o veinte centímetros de barriga —contestó alegremente—. Otra diferencia son una esposa y cuatro chiquillos.

—Ya, tú eres soltero...

—Y la he invitado a salir una noche. Me huele a que Maine y Marjorie iban a romper y que el

play-boy

quería retirarse con la bolsa bien llena.

—Para eso podía pedirle dinero, ¿no?

—¿Qué hubiera obtenido? ¿Cinco, diez mil dólares? Marjorie era bastante tacaña... y otros que hubo en su vida antes que Maine y en sus mismas condiciones, fueron «retirados del servicio» con las gracias y, todo lo más, un mechero chapado en oro. Investiga, investiga, Ray.

—Sí, lo haré —prometió el policía.

CAPÍTULO III

Drexell empujó la puerta del bar y se acercó al mostrador. Había caminado bastante, realizando algunas gestiones, y sentía deseos de reconfortarse un poco con un bocadillo y una taza de café.

De pronto, vio sentada en un taburete a una persona conocida.

—¿Cómo se encuentra, señorita Lake? —saludó cortésmente.

Karen volvió la cabeza y sonrió.

—¿Qué tal, abogado?

—Ya ve, a descansar un poco... ¿Ha ido a ver a mi hermano?

Los oscuros rizos de la cabellera de Karen se agitaron cuando ella hizo un gesto negativo.

—No he tenido necesidad —contestó—. Lo que sucedió el otro día fue algo... un impulso del que luego me arrepentí. No debía haber ido allí, eso es todo.

—Lo celebro infinito. Ello me hace suponer que ha solucionado sus conflictos íntimos.

—Por fortuna, así ha sido. —Karen sonrió de nuevo—. No obstante, si un día tengo problemas legales, iré a consultarle a usted.

—Aunque sea a riesgo de perder un cliente, le diré que deseo muy sinceramente que no tenga esos problemas jamás. Ah, perdón, ¿me permite invitarla a una taza de café?

Karen se apeó del taburete.

—Ya me iba —manifestó—. Ha sido un placer verle, abogado.

—En cambio, yo siento un disgusto terrible —dijo Drexell.

—¿Por qué? —se asombró ella.

—Se marcha tan pronto...

Karen rió suavemente.

—Tengo que hacer —se excusó.

Drexell la contempló hasta que salió a la calle. Entonces, se volvió al camarero y le encargó un «perro caliente» y una taza de café.

—Y a mi, ¿a qué me invitas, buen mozo?

Drexell volvió los ojos, sorprendido por la inesperada interpelación.

Delante de él había una mujer de treinta y tantos años, guapa y de silueta exuberante, en cuya cabellera, estrepitosamente rubia, se advertían claramente las señales del tinte.

—Señora...

Ella soltó una carcajada y movió la mano.

—Pete, otra dosis de mi medicina —pidió—. Val, yo fui uno de tus primeros casos, cuando estrenaste el título. Han pasado casi diez años desde entonces. Lo que sucede es que, entonces, el pelo negro me «iba» mejor.

Drexell chasqueó los dedos.

—Clara... Clara...

—Edgson. Antes era Jones, pero me casé... y él desapareció. Val, entonces me sacaste de un buen lío.

—Era un caso fácil, mujer, no exageres.

Ella le guiñó un ojo.

—Había mitad de cierto y mitad mentira —contestó—. Por la mitad de lo cierto, podían haberme caído de dos a cinco años. Tú conseguiste una absolución sin demasiado esfuerzo.

—Las pruebas no eran demasiado contundentes. Clara, ¿qué haces ahora?

Ella se encogió de hombros.

—Vivo —contestó ambiguamente.

—Ya. ¿No quieres más que *whisky*?

—Tengo que guardar la línea —rió ella—. Por cierto, ¿cómo marcha el asunto de las joyas?

Drexell arqueó las cejas.

—Clara, ¿quién te ha dicho que yo...?

—Tengo los oídos muy finos, Val. Escucha, entonces no te pude pagar un solo centavo, porque actuaste de oficio para mí. Pero siempre te he guardado gratitud, aunque no lo creas.

—No lo dudo, Clara.

—Mira, no me preguntes mis fuentes de información..., porque

una mujer como yo tiene que limitarse a ver, oír y callar, sólo que, a veces, puede permitirse el lujo de soltar la lengua. ¿Entiendes, Val?

—Entiendo, Clara.

—Primero, Maine tenía muchas deudas. Estaba hasta las orejas, que es más arriba del cuello, como sabes.

—¿Qué clase de deudas?

—Apuestas. Caballos.

—Ya. Sigue.

—Hay un apostador profesional que se llama Rock Faggan. Maine le debía, al menos, veinte mil «pavos».

Drexell silbó.

—No es un pellizco —comentó.

—Faggan es protegido de alguien muy gordo. Suelen fiar, pero cobran siempre. En dinero... o en el pellejo del deudor.

—Comprendo.

—Pero ten cuidado con Faggan. Sus colaboradores son tipos duros, aunque cuando necesita algún trabajito especial o un deudor resulta demasiado moroso, pide ayuda al pez gordo.

—¿Algo más?

—Sí. Todo eso de Maine está, más o menos, relacionado con ciertas joyas robadas, ¿no es así?

—En cierto modo...

—Val, ¿se te ha ocurrido pensar alguna vez en el Urraca?

Drexell hizo un gesto de asombro.

—¿Quién es el Urraca?

—Su verdadero nombre, o al menos, el que usaba cuando lo enviaron a «chirona» hace un puñado de años, era Mick Walter. Pero se comenta por ahí que nadie más fino que él para abrir cualquier caja de caudales, con o sin trampas o alarmas, y sin más que los dedos.

—Clara, el monto total de las joyas roza el millón de dólares.

—Por eso mismo, Val.

—Sí, puede que haya algo bueno que investigar... ¿Dónde vive el Urraca, preciosa?

—No tengo la menor idea. Yo estaba esperando el juicio, cuando oí que había salido de la cárcel. Y ya han pasado casi diez años.

Drexell suspiró.

—A saber dónde estará ahora —dijo.

—No he tenido noticias de que se haya portado mal, porque habría violado su libertad bajo palabra y vuelto a la cárcel. Pero si cumplió este período sin incidentes, quedó absolutamente libre y pudo marcharse a cualquier parte.

—Clara, ¿qué podría hacer yo para pagar estos inapreciables informes? —preguntó el joven.

Ella le miró críticamente de pies a cabeza.

—Si yo fuese... otra, ya sé cómo tendrías que pagar —contestó—. Pero me conformo con la copa. Y no olvido lo que hiciste por mí en el tribunal.

—Clara, gracias —dijo él, sonriendo.

* * *

El hombre era de mediana estatura y tenía el cabello escaso y de color de rata. Llevaba en la mano un maletín de ejecutivo y, tras cruzar la acera, abrió la portezuela de su automóvil y se sentó al volante.

El coche arrancó. A los pocos metros de la acera, Faggan oyó una voz que sonaba a sus espaldas:

—Rock, siga normalmente, aunque debe pensar en todo momento que hay una pistola que apunta a sus riñones.

Faggan se sobresaltó horriblemente. Con gran frialdad, el desconocido añadió:

—La pistola es una «cuarenta y cinco», capaz de atravesar sin dificultad el respaldo de su asiento. Y tiene silenciador, ¿está claro?

Faggan tenía una nuez prominente, que subió y bajó convulsivamente varias veces.

—Pe... pero ¿qué diablos quiere? A... aquí no tengo apenas dinero...

—Rock, no me interesa su cochino dinero —dijo Drexell, sin abandonar el tono truculento que había empleado desde el primer momento—. Lo que quiero saber es quién envió a Maine una botella con cianuro.

—Oiga, yo no sé...

—Cuidado, ese semáforo se va a poner en rojo. ¡Frene, tonto!

Las ruedas del coche se clavaron en el asfalto. Faggan sudaba.

—Mire, amigo, sea usted quien sea...

—¿Cuánto le debía Maine?

—Bueno, últimamente, había perdido bastante...

—¿Cuánto?

—Veintiséis.

—¿Y usted le fiaba tanto?

—Si por mí hubiera sido...

—Eso significa que alguien le permitió apostar a crédito.

—Oiga, yo no he dicho nada...

—¡Arranque! ¡El semáforo está en verde!

Faggan maldijo de nuevo. Drexell, impasible, continuó:

—De modo que hubo alguien que avaló, digámoslo así, a Maine, ¿no es cierto?

—Usted no es de la policía.

—Y aunque lo fuese, tampoco contestaría. Pero Maine murió asesinado. ¿Sabe lo que le puede costar_ eso? La policía, quizá, haga la vista gorda en su negocio de apuestas, pero no la hará en un caso de asesinato.

—Mire, la verdad es que Maine debía veintiséis de los «grandes» y que, de repente, dijo que no podía pagar. Eso es todo lo que sé.

—Usted, claro está, se lo dijo a... al jefe, ¿no?

Faggan apretó los labios.

—Si él permitió que yo le fiase el dinero, debió correr con las pérdidas —rezongó.

—Bueno, pero ¿quién es el tipo?

—Oiga, le diré una cosa: no lo sé.

Drexell chasqueó los labios.

—Faggan, a otro perro con ese hueso —dijo—. En cuanto me apee de aquí, informaré al teniente Oliver. El le apretará las clavijas mucho más fuerte que yo, créame.

Faggan se sintió atacado por el pánico.

—¡Le juro que no lo sé! Sólo conozco su voz... El llama siempre por teléfono...

—Y usted le llama también.

—No, él llama siempre. Nunca le he visto, ni siquiera sabría reconocer la voz; la cambia constantemente, ¿comprende? Cada vez que hablamos, emplea un tono diferente de voz... incluso, en ocasiones, parece una mujer.

—Astuto el tipo —comentó Drexell—. Pero ¿qué hay cuando surgen dificultades?

—Yo se lo digo y él las soluciona, eso es todo.

—Por medio de... sus «gorilas».

Faggan contestó con un gruñido de asentimiento.

—¿Cómo empezó la cosa? —preguntó Drexell.

—El me llamó un día y me dijo que, a partir de entonces, mandaría en el negocio. Yo le envié al diablo. Cuarenta y ocho horas más tarde, el local ardió por completo. Al día siguiente, un moroso que me debía una insignificancia, apareció muerto. Luego, él me llamó a casa y me preguntó si aún seguía pensando en lo mismo. ¿Qué habría contestado usted?

—De acuerdo, Rock. Pero ¿cómo le envía los beneficios?

—Es bien sencillo. Una vez por semana, lleno un sobre con su parte y lo dejo en donde él me indica, siempre en un sitio distinto. Y, no crea, no se me ocurre quedarme a ver si él aparece para conocerle personalmente, no, señor. Usted no sabe el aprecio que yo tengo a mi pellejo...

—Me lo imagino, Rock. Supongo que ese sobre con dinero quedará en algún lavabo de una estación de servicio o una cafetería...

—Sí, ordinariamente, así es.

—Rock, le voy a hacer un favor. Llámeme cuando el jefe le avise para cobrar su parte y dígame dónde le dejará la «pasta», ¿entendido?

—¡Ni lo sueñe! —respondió el apostador con vehemencia.

—¿Quiere que los periódicos digan que Rock Faggan ha dado una valiosa pista para encontrar al asesino de Maine?

Faggan dijo unas cuantas palabrotas.

—Está bien, le llamaré... Deme el número —rezongó.

Drexell le pasó un trozo de papel con su número telefónico. Luego ordenó:

—Pare ahí.

El coche se acercó a la acera. Faggan se volvió, cuando su pasajero se apeaba ya.

—Dígame, ¿quién diablos es usted?

Cubierto el rostro casi completamente por unas enormes gafas negras, Drexell tuvo un rasgo de humor:

—El ladrón fantasma.

Faggan pegó un brinco en el asiento. Drexell alzó el dedo índice:

—Cuidado con llamar a la policía; le contaría todo lo que me ha dicho —advirtió.

El coche de Faggan arrancó ruidosamente. Drexell dio media vuelta y empezó a caminar.

A los pocos metros se quitó las gafas negras.

«Un hombre que usa una voz distinta en cada ocasión. ¿Quién diablos puede ser?».

* * *

El teléfono sonó, arrancando a Drexell de su sueño. El joven alargó la mano derecha y asió el aparato.

—Drexell —rezongó.

—Oiga, le vi ayer con Faggan. No vuelva a hacerlo, ¿entiende?

Drexell se sentó en la cama instantáneamente.

El individuo que le llamaba tenía una voz dulce, meliflua, casi femenina.

—Hola, Mil Voces —saludó jovialmente—. ¿Dónde venden el cianuro sin hacer demasiadas preguntas? Verá, es que tengo una fulana que ya me está cansando y...

«Click».

La comunicación se cortó bruscamente.

Drexell saltó de la cama y se encaminó al baño.

En cierto modo, se sentía contento.

Con unas cuantas frases, había puesto nervioso al individuo a quien Faggan llamaba «él» simplemente. La alusión al cianuro, en lugar de una respuesta indignada o, simplemente, negativa, le había desconcertado.

Mientras el agua caía sobre su cuerpo, pensó que «él» era un hombre que, relativamente, se atenía a unos esquemas fijos. Por muy variados que fueran, siempre empleaba los mismos.

Pero la mención del cianuro había sido algo totalmente inesperado y no había sabido reaccionar adecuadamente.

Habría que esperar una nueva llamada, se dijo.

Cuando estaba secándose, oyó el teléfono otra vez.

Era Clara Edgson.

—Asómbtrate, Val —dijo ella—. El Urraca vive aquí. ¿Quieres su dirección?

—Hermosa, empiezo a pensar que voy a tener que pagarte en la forma que deseas —contestó Drexell alegremente.

CAPÍTULO IV

La casa era pequeña, de una sola planta, modesta, pero de aspecto agradable, sobre todo, porque estaba rodeada de un jardín muy bien cuidado, con una parra que proporcionaba grata sombra a uno de los rincones.

Bajo la parra había un par de bancos y una mesa sujeta al suelo. Un poco más allá, se veía un murmurante surtidor.

Drexell se sentó en uno de los bancos y encendió un cigarrillo. Quince minutos más tarde, se abrió la puerta de la casa y un hombre salió al jardín, vestido con unos pantalones de peto y camisa de tela recia y color azul claro.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el individuo hostilmente.

Drexell le miró unos segundos. El hombre que tenía frente a sí debía de andar por los sesenta años y parecía bastante gastado, no obstante vivir en las afueras de Ransdowe.

—Si no me equivoco —dijo—, estoy hablando con Mick Walter. Mi nombre es Drexell y soy abogado.

—No se equivoca, pero ahora, lo que menos necesito son los servicios de un abogado.

—Quizá los de un médico.

—Tengo buena salud.

—Sí, eso veo. Mick, ¿qué sabe usted del ladrón fantasma?

—Estoy retirado.

—Pero fue del «oficio» hace años.

—Usted lo ha dicho bien; hace años. Ahora estoy retirado. No quiero saber nada de cajas fuertes ni de joyas ni... Me dedico a cuidar de mi jardín, ¿comprende?

—¿Con qué dinero, Mick? —Tengo una hija que trabaja. Ella me quiere. Mi pasado no le importa.

—Eso es verdadero amor filial. Mick, yo me imagino que unos cientos de dólares le vendrían bien. Estoy encargado por una compañía de seguros de investigar cuatro de los siete robos cometidos por el ladrón fantasma. Si lo consigo merced a sus informes, obtendré una recompensa suplementaria para usted. De momento...

Drexell sacó su cartera y dejó diez billetes sobre la mesa.

—Sospecho que cien dólares no le vendrán mal —continuó—. Yo los justificaré en la nota de gastos.

Walter dudó un momento, pero, al fin alargó la mano y se embolsó el dinero. Drexell se fijó en que la mano del sujeto temblaba bastante.

—Abogado, le diré una cosa: el último golpe me costó nueve años de presidio. Salí hace casi diez. Entonces me juré no delinquir nuevamente, ¿comprende?

—Sí, desde luego.

—He vivido honradamente desde entonces, así que si alguien le dijo que yo podía tener relación con los robos del ladrón fantasma, le mintió miserablemente.

—Pero sabe quién puede...

—El único, tal vez, Bill Chambers. Era casi tan bueno como yo y sé que se conserva bien. Debe de tener unos cincuenta, aproximadamente.

—¿Sabe dónde vive?

Walter meneó la cabeza.

—No le he visto hace muchísimo tiempo. Si me dijeran que se marchó de la ciudad, no me extrañaría en absoluto —contestó.

Drexell suspiró, a la vez que se ponía en pie.

—Ha sido un placer...

Súbitamente, un coche se detuvo junto a la acera. Una hermosa muchacha se apeó del automóvil, tomó unos paquetes y, con ellos en los brazos, se encaminó hacia la casa.

—¡Hola, papá! —saludó alegremente.

Drexell se quedó estupefacto.

Tenía motivos para sentirse atónito. Aquella hermosa joven era Karen Lake.

Ella le reconoció también y se puso seria.

—No sabía que tuvieras visita, papá...

—Es el señor Drexell y ya se iba, Karen —respondió Walter—. Señor Drexell, le presento a mi hija Karen.

—Tanto gusto —dijo la muchacha—. Papá, seguro que no has invitado al señor a una taza de café.

—Pues...

Karen sonrió deliciosamente.

—Mi padre no tiene sentido de la hospitalidad —dijo—. ¿Quiere entrar, señor Drexell?

El joven se dijo que no debía desaprovechar la ocasión.

—Con muchísimo gusto —aceptó.

—Yo voy a cuidar el jardín —manifestó Walter.

Drexell y la muchacha entraron en casa. Ella dejó los paquetes sobre la mesa.

—Le haré café —se encaró con el visitante—. En realidad, lo que quería tener es un pretexto para hablar a solas con usted.

—¿Pasa algo? —preguntó Drexell, suspicaz.

—Simplemente, no quería que mi padre supiese que hace días fui a consultar a un psiquíatra. Es un poco anticuado y detesta... esta clase de tratamientos.

—Sí, me lo imagino. Pero usted me dijo se llamaba Lake.

—Inventé el apellido para la ocasión. Y, ciertamente, no sé por qué; pero me salió de un modo espontáneo... Ya ve que yo tampoco le he llamado abogado —añadió Karen.

—Sí, me he fijado.

Karen sonrió.

—Le agradezco su discreción —dijo—. Y ahora, si me lo permite, voy a preparar el café.

Fue una charla muy agradable. Cuando Drexell creyó que había pasado el tiempo adecuado, se despidió de la muchacha.

—Tengo que hacerle un pequeño chantaje —dijo.

—¿Sí? ¿Grave?

—Una invitación para salir la noche que le venga bien, a cambio de mi silencio.

Karen rió, contenta.

—Le llamaré por teléfono —prometió.

—¿Chambers? —repitió Clara—. Aguarda que piense un poco..., Val, la verdad, el nombre me suena, pero no acabo de recordar...

—Me interesa su paradero. Trata de averiguarlo. Pagaré tus gastos.

—Eso es lo de menos —contestó Clara, insinuante—. ¿Por qué no vienes a tomar una copa a mi departamento?

—Cualquier día, te lo prometo.

Drexell colgó el teléfono y se enfrascó en el estudio de unos documentos. Al cabo de un rato, sonó el teléfono:

—¿Drexell?

—Sí —contestó el abogado distraídamente.

—¿No ha reconocido ahora mi voz?

Drexell se puso rígido.

—Mil Voces —dijo.

—El mismo. Recuerde lo que le dije; abandone el caso.

—¿Qué pasaría si me negase?

—Lo mismo que a Maine. Usted le vio morir, creo.

—Sí, y no resultó agradable...

—Deje este asunto. Es demasiado fuerte para usted.

—Mil Voces, observo que hoy no ha intentado disfrazar la suya.

—No era necesario. Adiós.

La comunicación se cortó.

Drexell volvió el auricular a su sitio.

«El» era un tipo sumamente listo. Y despiadado, sería preciso tenerlo en cuenta.

Oliver le llamó más tarde.

—Val, tenías razón —dijo.

—¿Sí? ¿En qué?

—Los guantes de Maine. El examen microscópico de los dediles ha dado señales de polvo y grasa análogos en todo a las muestras tomadas en la puerta de la caja fuerte de Marjorie Clawborne. La verdad, un hombre, aunque sea policía, no debe alegrarse de la muerte de un semejante, pero Maine era un asqueroso parásito.

—Eso es cierto, pero a mí me interesaría mejor saber si mi hipótesis es cierta.

—¿A qué hipótesis te refieres?

—¿Estaba el ladrón fantasma presente cuando Maine disparó contra la señora Clawborne?

—Mira, Val, eso no tiene importancia ahora...

—Según se mire, claro. Recuerda que yo estoy interesado en seiscientos mil dólares de joyas robadas.

—Sí, lo sé, lo sé...

—A este respecto, el testimonio del ladrón fantasma podría resultar altamente esclarecedor.

—De todos modos, resulta inconcebible que un hombre como Maine disparase contra la mujer que... que le daba el pan.

—Y algo más que el pan, pero Maine, ya te lo he dicho, estaba en una crítica situación. Las joyas podían ser la solución a sus problemas. Y, tal vez pensó que el crimen podía ser achacado al ladrón fantasma. Maine sabía lo que la gente pensaba de él y especuló con el hecho de que nadie creería que era el asesino de una dama rica, sentimental, mayor que él... y su actual fuente de ingresos también, ¿comprendes?

—Visto desde ese ángulo, tienes razón, Val —convino el policía—. Pero ¡cuánto me gustaría echar mano al ladrón fantasma!

—Comparto tus aficiones —rió Drexell.

Y colgó el teléfono.

Dos días más tarde, le llamó Clara Edgson.

—Tengo noticias para ti —dijo.

—Suéltalas, preciosa.

—Chambers, Old Cross Trail, doscientos ochenta.

—Magnífico, Clara.

—Me debes algo, Val —le recordó ella.

—En cuanto tenga unas horas libres... Por cierto, Chambers, ¿vive solo o acompañado?

—No sé más. El resto es tuyo, Val.

—Sí, desde luego.

* * *

Con el cigarrillo entre los labios, Drexell contempló distraídamente la casa donde residía Bill Chambers, el hombre que, según el Urraca, casi había llegado a igualarle en habilidad. Después de unos segundos de indecisión, Drexell cruzó la calle y entró en la casa, un edificio con bastantes años de antigüedad, construido en ladrillo y con el horrible estilo de la primera década

del siglo.

Old Cross Trail no era precisamente una de las arterias más concurridas de Ransdowe. Hacía muchísimos años que había perdido su importancia. El nombre era debido a la época, más de un siglo antes, en que aquel punto era un cruce importante en los caminos que iban y venían del lejano Oeste. Aquello estaba infinitamente lejos en el pasado.

Momentos después, llamaba a una puerta. Alguien abrió casi medio minuto más tarde.

Tratábase de un sujeto de unos cincuenta años y rostro anguloso, en el que brillaban dos ojos desconfiados. Estaba en mangas de camisa y en la mano izquierda tenía una vieja pipa humeante.

—¿Qué desea? —preguntó.

—¿Chambers?

—Sí.

—Abogado Drexell. Deseo hablar con usted. Pagaré veinte dólares por la conversación.

Chambers sonrió burlonamente.

—Compañía de seguros, seguro —hizo un juego de palabras.

—Tiene buen golpe de vista, Bill.

—Los años, abogado. ¿Quiere beber?

Drexell ya había entrado en el piso, modesto y no demasiado limpio.

—Esa botella que va a usar, ¿es nueva? —preguntó.

—No, la abrí ayer. Y ya he bebido y no me ha pasado nada y no huele a almendras amargas... Leí lo que le sucedió a Maine —dijo Chambers.

—Le felicito. Bill, ¿qué me dice del ladrón fantasma?

—¿Quién le ha enviado aquí?

—Walters.

—Ah, mi buen amigo el Urraca. ¿Por qué le ha enviado a mí?

—Dice que él no es el ladrón fantasma. Si acaso, usted...

—Yo también estoy retirado. Trabajo de vigilante nocturno en un almacén de mercancías. Le daré el nombre y la dirección. Puede comprobarlo si gusta. Somos dos y tenemos que contactar cada treinta minutos, mientras dura la vigilancia. Si fuese el ladrón fantasma, yo tendría que estar ausente de mi puesto no menos de dos y quizá tres horas. El otro vigilante informaría de mi ausencia.

Podría disculparme una noche, pero no siete, que son los robos cometidos por el ladrón fantasma. ¿Satisfecho, abogado?

Chambers había soltado la parrafada de un tirón, sin respirar. Se llenó primero los pulmones de aire y luego el vaso, para vaciarlo a renglón seguido. Drexell aplaudió cortésmente.

—Un bonito discurso —dijo—. También puede ocurrir que su compañero de vigilancia le ayude, ocultando sus escapatorias...

—Somos media docena y las parejas se turnan semanalmente. Tendría que haber pedido el favor a cinco vigilantes. Uno, dos, tres... quizá colaborasen en el peor de los casos. Dos de ellos, seguro, son fanáticamente honrados, como lo soy yo ahora.

—Es decir, cada semana cambia de pareja.

—Sí, la compañía lo hace así para mayor seguridad.

—Es lógico. Bien, Bill, puesto que usted no es, dígame otro nombre.

Chambers se encogió de hombros.

—Ni idea —contestó—. Puesto que el Urraca no es... Pero, mire, yo tengo cierta experiencia en el oficio, usted ya lo sabe, y sospecho que el ladrón fantasma es nuevo.

—¿Cómo?

—Sí, alguien que no ha estado fichado por la policía ni ha pasado jamás por la cárcel.

—¿Qué le hace creer tal cosa, Bill?

—Trabaja aún mejor que el Urraca, que ya es decir y, además, no deja absolutamente ninguna huella. Es un asalto de limpieza absoluta y garantía total. Pero, además, hay otra cosa.

—Siga, Chambers.

—¿Dónde están las joyas? Mire, aunque yo ahora estoy retirado del oficio, siempre capto conversaciones. Son siete robos y ni un solo «perista» ha recibido siquiera un mal anillo de oro. Nada, lo que se dice nada. Las joyas han sido robadas y nadie las ha vuelto a ver. Ni las compañías de seguros han recibido comunicaciones anónimas, ofreciendo la devolución de las joyas a cambio de una sustanciosa prima. ¿Qué le parece el detalle?

Drexell frunció el ceño.

—Muy interesante, Bill —convino—. A decir verdad, ni yo mismo había reparado en ello.

Chambers lanzó una risita.

—Me gustaría ver el cajón donde el ladrón fantasma guarda sus joyas —dijo—. Debe de parecer un tesoro de *Las Mil y Una Noches*.

—No me cabe la menor duda.

Drexell sacó unos billetes, los contó y se los entregó a Chambers. El antiguo ladrón alzó un dedo hasta la sien.

—Cuando sepa algo más, le avisaré —dijo.

—Se lo agradeceré.

Drexell abandonó la casa y salió a la calle. De pronto, se vio abordado por un sujeto alto y fornido, de rostro pétreo.

—Abogado Drexell —dijo el individuo.

—Sí...

—Tenemos un coche para usted. Mire a su izquierda.

El joven volvió la cabeza. Parado junto a la acera, había un automóvil de color oscuro, en cuyo interior, aparte del chófer, se divisaba otro individuo en el asiento posterior, situado de tal modo que pudiera enseñar una pistola, sin ser vista por los transeúntes.

—Entre, abogado —dijo el hombre.

Drexell suspiró.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Un paseo —contestó el individuo lacónicamente.

CAPÍTULO V

El coche se detuvo en el interior de un espeso bosque, cuando ya atardecía, a una hora de distancia de la ciudad. Ninguno de sus acompañantes había despegado los labios en todo el trayecto. Drexell había hecho unas cuantas preguntas, pero, al no recibir respuesta, había terminado por desistir de entablar conversación.

La portezuela se abrió. El pistolero que le había detenido saltó en primer lugar y movió la mano, ya armada.

—Salga —ordenó.

Drexell obedeció.

—Van a matarme —dijo.

—Camine —dijo el otro.

—Oiga...

El chófer se ocupaba en hacer maniobrar el automóvil, para darle la vuelta. Por un segundo, Drexell pensó en arrojarle sobre el conductor, pero se dijo que las balas serían mucho más rápidas.

—Quizá querían internarse más en el bosque. Tal vez entonces tendría la posibilidad de, mediante un salto, escapar —y...

Dio un paso, dos, tres... De repente, oyó un estampido.

Era curioso, pensó. ¿Por qué no hacían daño las balas?

Sonó otra detonación y otra y otra... Luego, de súbito, creyó que la cabeza le estallaba.

El dolor, vivísimo, se produjo en la nuca. Drexell empezó a caer, pero antes de que tocase la hierba del viejo sendero, todo se había hecho ya negro para él.

Despertó mucho más tarde, cuando ya era de noche cefrada, sintiendo un sordo dolor en el lugar donde había recibido el balazo. Los recuerdos de lo ocurrido se agolparon tumultuosamente en su memoria.

¿Por qué tantos disparos, cuando con una sola bala hubiera sido suficiente?

Todavía tumbado boca abajo, se tocó la nuca. Había algo de sangre, no mucha, calculó. ¿Era que el proyectil le había herido solamente de refilón?

Haciendo un esfuerzo, consiguió sentarse en el suelo. Arriba, entre las copas de los árboles, podía divisar un poco de luz lunar. Ella le permitía captar ciertos detalles del lugar en que se hallaba.

De pronto, oyó un murmullo. A gatas en ocasiones y a pie en otras, llegó a un arroyuelo, en el que sumergió la cabeza repetidas veces, hasta que empezó a sentirse mejor. Unos tragos de agua le confortaron bastante.

Luego se sentó y se secó precariamente con un pañuelo. Le parecía un milagro estar con vida.

Pero ¿cómo era posible fallar un disparo a tan corta distancia?, se preguntó.

Al cabo de unos minutos, metió una mano en el bolsillo. Tenía ganas de fumar.

De pronto, sus dedos toparon con un papel. Extrañado, lo sacó, junto con el encendedor. La llama de éste iluminó el mensaje:

«Esto ha sido solamente un simulacro, para advertirle que no debe meter las narices en asuntos que no le interesan. La próxima vez, el paseo será de ida sin vuelta, auténtico».

Drexell guardó el mensaje y se puso en pie. Una buena advertencia, convino. Sólo él sabía el miedo que había pasado.

Pero no por ello pensaba abandonar las investigaciones.

Todavía estaba en cama, reponiéndose del susto y del porrazo recibido, cuando le llamó el teniente Oliver.

—Tengo una noticia para ti —dijo.

—No será buena, me imagino.

—No, no es buena. Chambers ha sido asesinado.

Drexell se quedó sin aliento.

—Detalles, por favor —pidió.

—Dos balazos en la cabeza, disparados por un desconocido.

Hacía la ronda en su almacén y el otro vigilante no vio nada. Cuando acudió, al ruido de los disparos, lo único que pudo ver eran las luces rojas de un coche que se alejaba a toda velocidad. Chambers murió en el acto, sin decir ni pío.

—El me dijo que el ladrón fantasma era uno nuevo, nadie de los conocidos o fichados.

—Lo siento, Val. El ladrón fantasma ha dejado ya de ser un tipo hasta cierto punto simpático. A la gente no le importa demasiado que un sujeto robe las joyas de los ricos. Pero cuando el ladrón empieza a matar a la gente... Marjorie, Maine y ayer Chambers, las cosas varían bastantes, ¿comprendes?

—Entonces, tú opinas que ha sido el ladrón fantasma.

—Sí, y todavía hay más; tiene miedo.

—¿Miedo?

—Ahora resulta que no actuaba solo y que elimina a quienes pueden representar un peligro para él. Val, esto se pone feo.

—Sí, sobre todo, pensando en el paseíto que me dieron ayer.

—¿Cómo? —se sorprendió Oliver.

—Espera, te lo contaré todo...

Cuando hubo terminado, Oliver se sintió escéptico.

—Si tienes la bondad de venir a mi casa, podrás ver el bulto que todavía tengo en el cogote y la pequeña grieta que la culata de la pistola abrió en el cuero cabelludo. Pero tú no puedes imaginarte siquiera lo que es oír un disparo y sentir un golpe en la nuca. Piensas que te han metido una bala en los sesos y...

—Val, me pones la carne de gallina —se estremeció el policía.

—Voy a guardar veinticuatro horas de cama —manifestó el joven—. Ven tú por aquí o envía a uno de tus agentes. Quiero que examines el mensaje que aquellos sujetos dejaron en uno de mis bolsillos.

—Está bien, iré yo mismo —prometió Oliver.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, Drexell recibió una llamada:

—Mañana, a las siete de la tarde, en la estación de servicio del cruce del Sudoeste. El nombre de esa estación es Binnie's

—¿Qué pasará, Faggan?

—Yo tengo que pasar por allí a las cinco. Mil Voces me ha dado orden de dejar el sobre en los lavabos de caballero, tercero de la izquierda.

—Está bien, yo me ocuparé de todo.

—Si me ve, no haga nada que pueda comprometerme.

—Descuide.

Drexell tenía la seguridad de que aquel asunto estaba relacionado, de un modo u otro, con la muerte de Maine. Pero ésta, a su vez, tenía mucho que ver con los robos de joyas.

Algo obtendría, apostándose al día siguiente en Binnie's

Antes de las cinco, estaba en la cafetería de la estación de servicio, en un punto desde el que podía dominar sin dificultad las llegadas y partidas de los automovilistas.

Faggan llegó a las cinco, tomó una cerveza, fue a los lavabos, con el portafolios en la mano y se marchó. Drexell continuó en el mismo sitio.

Media hora más tarde, llegó Karen Lake, conduciendo un coche de tipo algo anticuado. La muchacha hizo que repostaran el vehículo y luego se encaminó a la cafetería.

—Hola —saludó Drexell alegremente.

—¿Qué tal? —dijo Karen.

—Estoy aguardando a un amigo... ¿Quiere tomar algo ahora?

—Tengo algo de prisa, gracias.

—Señorita Lake, perdone que no la haya llamado. El trabajo ha absorbido la mayor parte de mi tiempo.

—Sí, comprendo.

—¿Cuándo le parece que salgamos a cenar?

—Cuando usted guste.

—¿Mañana?

—Bien.

—La llamaré a las seis y media.

—Sí.

Karen se encaminó hacia el tocador de señoras. Drexell quedó en el mismo sitio, un tanto preocupado por la actitud fría y hasta

displicente de la muchacha.

Ella no había sonreído una sola vez. Sus respuestas habían carecido de un mínimo de calor.

«Si no la conociese, diría que era una muñeca mecánica», pensó Drexell.

Karen salió a los pocos minutos y se dirigió a, su auto. Momentos después, abandonaba la estación de servicio.

Drexell se frotó la mandíbula. Karen se había marchado sin dirigirle siquiera una mirada. ¿A qué obedecía una actitud tan extraña?

Sacudió la cabeza y encargó la segunda taza de café. Era preciso esperar al mensajero de Mil Voces.

El dinero que Faggan había depositado estaba en un sobre de papel claro. A poco de marcharse Faggan, Drexell había comprobado que el sobre continuaba en su sitio, hábilmente oculto a la vista de los clientes de la estación de servicio.

Al cabo de un rato, Drexell fue a los lavabos.

Instantes después, salía, terriblemente desconcertado. Asustado.

¡El dinero había desaparecido!

* * *

Clara Edgson llenó una copa y la ofreció al hombre que estaba sentado en el diván.

—Estás preocupado —dijo.

Drexell movió la cabeza afirmativamente.

—Lo admito —contestó.

—Chambers ha muerto asesinado.

—Un ladrón que fue sorprendido...

—No, no fue un ladrón.

—¿Cómo?

Clara se sentó en el diván y cruzó las piernas con gran despreocupación.

—Chambers sabía algo que resultaba comprometedor.

—¿Lo crees así?

—Es más, incluso presiento que conocía al ladrón fantasma.

—Y éste lo mató...

—Para que no hablase. Probablemente, además, Chambers le

sometía a chantaje.

—Entonces, el ladrón fantasma ha dejado de ser un tipo simpático.

—Nunca puede ser un tipo simpático el que va por ahí, pegando tiros a la gente, Val.

Drexell suspiró.

—En eso tienes razón —contestó—. Y yo siento una terrible antipatía por los hombres que me llevaron de paseo.

Clara conocía ya lo sucedido.

—Todavía no me has dicho quiénes fueron —dijo.

—Es que nunca los había visto...

—¿No recuerdas un detalle personal de alguno de ellos?

Drexell entornó los ojos.

—El que aguardaba en el coche, con la pistola en la mano, parecía bizquear un poco. Como el otro, era muy alto y corpulento. No era una bizquera muy pronunciada...

—¡Eddie Ralston!

—Vaya, tienes buenas amistades —sonrió Drexell. Ella arrugó la nariz.

—Le detesto. Una vez me arreó una bofetada y me hizo dar dos vueltas en redondo —declaró.

—Caramba, el chico tiene genio. ¿Por qué te pegó? —Quería enredarme en un asunto de drogas. Le dije que no. Eso me horroriza, Val, te lo juro.

—Así que drogas, ¿eh?

—Sí. Val, cuidado, es un mal bicho.

—¿Dónde vive?

—No lo sé. Su centro de operaciones solía ser el Chrystal. Allí podrán darte más inform...

Drexell se puso en pie de un salto.

—Gracias, hermosa —se despidió.

—Pero, Val, si acabas de llegar —protestó Clara. Fue una protesta dirigida al vacío. Drexell estaba cerrando ya la puerta.

Extendió las manos, resignada.

—Esto sí que es perder el tiempo —murmuró. Drexell, en cambio, no parecía dispuesto a perderlo.

CAPÍTULO VI

El barman del Chrystal contempló con ojos codiciosos los dos billetes de diez dólares que ondeaban suavemente, sujetos por dos dedos de su cliente.

—¿En qué puedo servirle, caballero? —preguntó, cortés.

—Eddie Ralston.

—Hoy no ha venido aquí...

—Espera. Tiene algo que me interesa.

—Sí, señor.

—Sugiero le diga que estoy en uno de los reservados, cuando llegue.

—Se lo diré.

Los dos billetes cambiaron de dueño.

—Número cinco —indicó el *barman*.

—¿Está insonorizado?

El barman lanzó una corta risita.

—Hace un año, una fulana celosa pegó cuatro tiros a su amante. Nadie se enteró hasta el día siguiente, en que fueron a limpiar el reservado.

—Eso es bueno. Gracias.

—A usted, señor.

Drexell se dirigió a la escalera que conducía a los reservados. Abrió la puerta del número cinco y, armándose de paciencia, se dispuso a esperar la llegada de Ralston.

Consumió cuatro cigarrillos antes de que oyera el ruido del picaporte. Entonces, saltó a un lado y dejó que la puerta se abriese.

Ralston entró. Apenas había dado dos pasos, un pie le empujó con terrible violencia contra la pared del fondo de la habitación.

Se oyó un gruñido. Ralston empezó a volverse, pero, en el

mismo momento, un puño golpeó duramente su mandíbula.

Drexell tuvo que aguardar diez minutos, hasta que el sujeto empezó a dar señales de vida. Ralston se sentó al fin en el suelo, sin comprender muy bien lo que le había ocurrido.

De pronto, vio al abogado, sentado frente a él, con una pistola en la mano.

—Es la suya, Eddie —dijo Drexell plácidamente.

Ralston se levantó y fue al diván situado en el otro lado de la estancia.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

—Información.

—No sé nada. El nos da órdenes por teléfono.

—¿Y el salario?

—Me llega por correo. Puntual.

—Sin dirección del remitente.

—Exacto.

—Al menos, se habrá fijado en el matasellos.

—Cada vez, proviene de una localidad distinta.

—El tipo es astuto, ¿eh?

Ralston se encogió de hombros.

—Paga bien —respondió.

—¿Les ordenó matar a Chambers?

—No.

—¿Qué les dijo con respecto a mí?

—Simplemente, que le diéramos un buen susto. Nos dio instrucciones muy detalladas.

—¿Y el mensaje que encontré en mis bolsillos?

—Lo escribió el otro.

—¿Cómo se llama?

—Lew Halley. Le dirá lo mismo que yo, si le interroga.

Drexell comprendió que Ralston era sincero.

—Otra pregunta, Eddie. ¿Cómo es la voz del jefe?

—Casi femenina. A veces he pensado que se trata de una mujer, pero es un hombre.

—¿No cambia la voz en cada llamada?

Ralston pareció sentirse intrigado.

—Espere... Lew dijo una vez que el jefe parecía acatarrado. Tenía la voz muy extraña... Eso pasó un par de ocasiones.

—Es decir, cuando Lew atendió las llamadas.

—Sí.

—Y con usted emplea esa voz casi femenina.

—Justamente.

—Eddie, voy a hacer un trato con usted. Le diré primero una cosa: si se niega a colaborar, puede verse envuelto en un caso de asesinato.

—Oiga, yo no...

—La policía le apretará las clavijas, cuando se entere de que usted puede tener alguna relación con la muerte de Maine.

—Diablos, nosotros no sabemos nada...

—A Maine le mató su jefe. Usted obedece sus órdenes.

Ralston lanzó una maldición.

—¿Por qué diablos se me ocurriría meterme en esto? —Gruñó.

—Porque es usted un hampón repugnante y ha traficado con drogas y es capaz de pegar a las mujeres. Porque, por dinero, sería capaz de matar a su propio padre —exclamó Drexell con dureza—. Óigame bien, Eddie, quiero que me avise apenas le llame su jefe y que me comunique sus próximas intenciones. Si no lo hace así, créame, le costará tan caro... que se pasará el resto de sus días entre rejas.

Ralston se pasó el dorso de los labios por la boca.

—Está bien —cedió—. Deme su número de teléfono.

Drexell sonrió.

—Con mucho gusto —dijo.

* * *

—Sus preocupaciones continúan —dijo Drexell. Sentada frente a él, Karen sonrió ligeramente.

—¿Por qué lo dice? —quiso saber.

—La vi en la estación de servicio y me pareció ausente, distraída...

Habían cenado ya y ahora tomaban café. Después de un buen rato de intrascendente conversación, Drexell había decidido atacar el tema que le interesaba.

—¿Estación de servicio? —repitió Karen.

—Sí, la

Binnie's

Ella hizo un gesto de extrañeza.

—No recuerdo —dijo.

Drexell respingó.

—Karen, eso sucedió ayer —exclamó.

—Ah, sí... Perdona, pero tenía un terrible dolor de cabeza... Dispénsame, llevo una temporada nada agradable...

—¿Qué le sucede, Karen? ¿Por qué no consulta con un buen médico? —sugirió él.

—No es nada, ya se me pasará... Me ha sucedido en otras ocasiones.

—Pero usted es joven, tiene un buen aspecto, muy saludable... No hay motivos, creo yo, para esa dolencia.

—Hoy ya me encuentro mucho mejor, se lo aseguro.

—Lo celebro, aunque, de todos modos, me gustaría que viese a un médico. Y no lo digo por mi hermano, el psiquiatra —sonrió Drexell.

—Gracias a eso nos conocimos, ¿no le parece?

—Sí, fue una afortunada coincidencia. Por cierto, ya han cambiado el rótulo. La gente ya no se equivoca.

Karen sonrió.

—A nadie le pasa lo que a mí —dijo—. Voy al psiquiatra y me duermo como una tonta...

—Quizá eso le relajó la mente.

—Sí, lo mismo pienso yo. Señor Drexell...

—Val, por favor —indicó él.

—Está bien, Val. Creo que es hora de que vuelva a casa.

—De acuerdo, como guste.

Drexell abonó la nota y salieron del restaurante. El había ido a buscar a la muchacha a su casa, por lo que la acompañó nuevamente. Frente al jardín, se apeó para despedirse de ella.

—Deseo sinceramente que no retornen los dolores de cabeza —manifestó.

—No me había pasado nunca, hasta hace algunos meses, casi un año —contestó Ja muchacha—. Jamás había sentido la menor jaqueca...

—Y ahora le acomete con frecuencia.

—Pues... una o dos veces al mes. No lo paso bien, créame. De todos modos, confío en que sea una cosa pasajera.

—Si persiste, consulte a un buen médico. Mi hermano me aconsejaría, en caso necesario.

—Lo tendré en cuenta. Buenas noches, Val.

—Volveré a llamarla para cenar juntos otra noche.

—Desde luego.

Karen se retiró a su casa y Drexell volvió al coche.

Sentíase preocupado.

¿Podía un violento dolor de cabeza hacer olvidar el encuentro con una persona conocida, menos de veinticuatro horas más tarde, de haberse producido tal encuentro?

—A veces, desde luego, una violenta jaqueca puede provocar una amnesia momentánea —dijo el doctor Drexell al día siguiente, en respuesta a la consulta que le había efectuado su hermano Val—. Pero no es muy común y, por otra parte, lo corriente es que la tal amnesia se produzca inmediatamente después de la jaqueca. Si la persona es normal, debe recordar plenamente todo, en especial, si han pasado ya veinticuatro horas, como dices. Pero ¿por qué quieres saberlo?

—Es que ella...

—Ah, se trata de una «ella» —rió el psiquiatra—. ¿Guapa?

—Muy bonita —confesó el abogado.

—De acuerdo, sigue.

—Bueno, cuando me encontré con ella, la vi como ausente, respondiéndome fríamente, como si se tratara de un modo maquinal...

—Val, ¿toma drogas esa chica?

Drexell respingó.

—No me parece —contestó.

—Las drogas, ya sabes, provocan amnesia. El paciente no recuerda lo que ha hecho mientras estaba bajo la acción de la droga, aunque hable y se porte con cierta normalidad e incluso reconozca a sus amistades. Entérate bien, Val..., porque también la droga puede provocar una jaqueca, que se siente más bien al terminar sus efectos.

—Trataré de investigar, Víctor —prometió el joven, sumamente preocupado, porque la idea de que Karen se drogase no sólo no se le

había ocurrido, sino que se le hacía insoportable.

Sí, tendría que investigar, pero debería hacerlo con suma discreción, no sólo para obtener un buen resultado, sino para no herir los sentimientos de la muchacha, cualquiera que fuese el origen de su dolencia.

De pronto, le llamó Faggan.

—Mañana —dijo el apostador.

—¿Dónde?

—Otra estación de servicio, a nueve millas, al Noroeste. Rapid Wheels es el nombre.

—Gracias.

Drexell se dio cuenta de que había pasado ya una semana desde que saliera con la muchacha.

El tiempo se le había pasado volando. Pero la realidad era que no había adelantado gran cosa.

Al día siguiente, a las cuatro y media, estaba en Rapid Wheels.

Faggan llegó a la hora acostumbrada. Todo sucedió exactamente igual que en la ocasión anterior.

Incluso la aparición de Karen, poco después de las cinco.

Drexell frunció el ceño al ver a la muchacha. Esta vez, sin embargo, no quiso hacerse visible.

Karen repostó el coche y luego se dirigió al tocador. Diez minutos más tardé, volvió a salir.

Desagradablemente sorprendido, Drexell comprobó, poco después, que el dinero de Faggan se había volatilizado.

Ahora ya no le quedaba la menor duda: Karen estaba en combinación con Mil Voces.

Aquella noche, Faggan recibió una visita.

Faggan estaba sólo en su despacho. Había cerrado la agencia y terminaba de hacer algunas anotaciones en un libro, cuando vio al hombre que había aparecido ante él, tan silenciosamente como si hubiera surgido del suelo.

—Oiga, ¿qué diablos quiere...?

—Me disgustan los «soplones» —dijo el visitante.

Tenía un revólver en la mano. Faggan empezó a ponerse en pie, pero el primer balazo alcanzó su pecho, justo cuando iniciaba la acción.

El arma no hizo apenas ruido; estaba provista de silenciador.

Faggan se derrumbó sobre el sillón, estremeciéndose convulsivamente. El visitante le remató de un tiro en la frente.

Luego, tan sigilosamente como había llegado, abandonó el despacho.

Drexell conoció la noticia al día siguiente, por el *Ransdowe Monitor*. Inmediatamente, sintió un escalofrío.

Sintió pena.

¿Era posible que una muchacha tan encantadora como Karen estuviera mezclada en un asunto de índole verdaderamente repugnante?

Drexell habló con el teniente Oliver. Su amigo le dijo que el asesino no había dejado el menor rastro.

—Diríase que a Faggan lo mató un fantasma —terminó.

—Ray, ¿no estaremos ahora enfrentándonos con un asesino fantasma, en lugar de un ladrón fantasma?

—Val, empiezo a pensar que ambos son una misma persona.

Drexell asintió.

También él tenía la misma sensación.

Pero ¿era Karen tan hábil como para entrar en el despacho de Faggan, matarle a sangre fría y salir luego sin ser vista y sin dejar el menor rastro?

CAPÍTULO VII

—¿Por qué no interrogas a el Urraca?

Drexell fijó la vista en Clara, sentada a su lado.

—¿Qué tiene que ver el Urraca en todo este asunto? —preguntó.

El índice de la rubia jugueteaba con uno de los botones de la camisa de su visitante.

—He ido conociendo detalles —dijo.

—¿Por ejemplo?

—A Walter le condenaron hace casi veinte años. Uno de los testigos de la acusación fue Faggan.

—Eso no lo sabía yo.

—Según he oído comentar, el testimonio de Faggan fue decisivo para la condena de el Urraca. Puede que éste se sintiera resentido.

—¿Después de tantos años?

Clara se encogió de hombros.

—¿Por qué no? —contestó.

Drexell hizo un gesto ambiguo.

—En tal caso, ¿por qué no se vengó al salir de la cárcel?

—Bueno, entonces estaba en libertad bajo palabra. Si a Faggan le hubiera pasado algo, todos habrían sospechado del Urraca en el acto.

—Hay algo que contradice tus sospechas casi automáticamente.

—¿Sí? Dime, Val.

—Él Urraca fue siempre un ladrón. Jamás causó un rasguño a nadie. Nunca usó armas.

—La gente cambia de modo de pensar con el paso de los años, tú.

—Es probable, pero son demasiados años.

—Como quieras, pero yo sigo sospechando de Walter.

—Está bien, hablaré con él...

Clara se le abrazó apasionadamente.

—Ahora, no —dijo con tórrido acento.

Drexell sonrió.

Después de todo, no tenía tanta prisa, se dijo.

Y correspondió al ardiente beso de la rubia.

Aquella noche, recibió una llamada de su hermano.

—Val, he estado pensando en Una cosa —dijo el doctor Drexell.

—Soy todo oídos —contestó el abogado.

—Es probable que lo de esa chica amiga tuya no se deba a drogas.

—Víctor, me quitas un peso de encima.

—Yo pienso, tal vez, en una hipnosis.

—¿Hipnosis?

—Sí.

—Bien, pero...

—La hipnosis, normalmente, no causa efectos secundarios. Pero eso es sólo cuando el paciente admite la hipnosis.

—¿Qué pasa en caso contrario?

—Eso significa que el paciente se resiste, aunque ceda al cabo. Pero la lucha entre su voluntad y la del hipnotizador puede causarle esos violentos dolores de cabeza.

—Es decir, ¡ella no querría ser hipnotizada...!

—Y alguien la fuerza a ello.

—Sí, entiendo. Pero si le pregunto...

—La voluntad extraña seguirá influenciando todavía en su mente, causándole amnesia en los puntos comprometedores. ¿Me entiendes, Val?

—Por completo, Víctor. Gracias.

—Me gustaría que trajeras a esa chica a mi consultorio. Resultaría una entrevista fascinante.

—No lo dudo, aunque me parece que ella no querrá.

—¿No se te ocurre alguna idea para traerla... engañada?

—Pensaré en algo, Víctor.

—Lláname en cuanto puedas, Val.

Drexell reflexionó unos momentos. Al fin, decidió que visitaría al Urraca a la mañana siguiente.

Como en la ocasión anterior, Drexell se sentó en el banco, bajo

el emparrado y aguardó pacientemente. Walter salió, con su mono de peto, y le miró con escasa amabilidad.

—¿Otra vez? —dijo.

Drexell encendió un cigarrillo.

—Chambers ha muerto —dijo.

—Lo sé —contestó Walter.

—A Faggan le pegaron dos tiros.

—Mala suerte para él.

—Faggan declaró contra usted en el juicio.

—Lo recuerdo perfectamente. Mintió.

—¿De veras?

—Me había dado un soplo. Yo siempre le pagaba bien. En aquella ocasión, sin embargo, él me traicionó.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído, declarando contra mí.

—¿Por qué le traicionó?

Los ojos de Walter centellearon.

—Una mujer —contestó.

—¿Dónde está esa mujer?

—Murió hace doce años. Todavía estaba yo en la cárcel.

—Sería joven...

—Era joven. Tenía treinta y dos años.

—Una lástima.

—Sí, sobre todo, teniendo en cuenta que murió a consecuencia de una paliza. Ella se engañó. Faggan no era el hombre soñado.

—Si Faggan la mató, ¿cómo no fue a parar a la cárcel?

—Oh, lo hizo muy bien. Después de pegarle la paliza mortal, arrojó su cuerpo por un barranco. Luego, sus compinches apoyaron una coartada falsa.

—Ya entiendo. Por eso le pegó usted dos tiros...

Walter soltó una risita.

—No fui yo —dijo—, pero felicito de todo corazón al tipo que mató a Faggan. Las víboras están mejor muertas.

—Un modo de pensar como otro cualquiera. Mick, dígame, ¿quién ha podido liquidar a Faggan?

Walter se encogió de hombros.

—Los tipos como él, siempre tienen enemigos —dijo con decisión—. Imagínese uno que apostó, luego no podía pagar y fue a

pedirle un crédito. Faggan se lo negó. El otro le pegó dos tiros.

—Y se llevó todo el dinero que pudo encontrar en el despacho.

—Figúrese.

—Mick, ¿qué me dice de Chambers?

—Era vigilante nocturno. El ladrón fue más listo que él.

—Sí, eso creo. ¿Dónde está Karen?

Walter respingó.

—¿Por qué le interesa mi hija?

Drexell sonrió.

—Es joven y muy bonita y simpática. ¿Es usted de la clase de padres a quienes les molesta que cortejen a las hijas casaderas?

—Karen ha salido. No sé cuándo volverá...

—Hace días, dijo que trabajaba. ¿Acaso no tiene hora fija para salir de su trabajo?

Walter le volvió la espalda.

—Vuelva a las cinco —refunfuñó.

El visitante se puso en pie.

—Volveré —prometió.

Una hora después, Drexell recibió en su despacho una llamada telefónica.

—Soy Ralston.

—Adelante, Eddie.

—Tengo órdenes —dijo el hampón.

—Estupendo. ¿Qué clase de órdenes?

—Voy a hacerme cargo del negocio de Faggan.

—Ganaba bastante dinero.

—Sí. Lo malo es que yo no entiendo mucho...

—Entonces, ¿cómo va a dirigir el negocio?

—Es sencillo. Yo seré el jefe nominal. Faggan tenía un ayudante, Ollie Sharp. El se ocupará de la parte... técnica.

—Comprendo. ¿Ha recibido también órdenes sobre la forma de distribuir los ingresos?

—Todo debe continuar igual, sólo que la parte de Faggan irá a parar al jefe. El me llamará cuando deba entregarle el dinero.

—Entendido. Eddie, avísame en cuanto el jefe le de órdenes de hacer una remesa.

—Sí, señor.

Drexell colgó el teléfono.

Un hombre infernalmente astuto el tal Mil Voces, pensó.

Todo muy bien dispuesto, muy bien planeado... incluso la colaboración de Karen en el negocio.

Tendría que averiguar dónde trabaja la muchacha. Era un dato que había omitido hasta el momento y, esperaba, resultaría interesante.

Minutos más tarde, sonó el teléfono nuevamente.

—¿Drexell?

—Sí. ¿Quién...?

—Oiga, ¿no tiene bastante con el susto que le dieron noches atrás? ¿Cuándo va a dejar de meter sus malditas narices en algo que no le importa?

La voz era ahora bronca, profunda, como de un gigantón.

—Mil voces —dijo el joven—, le recomiendo que cuelgue cuanto antes. Mi teléfono está conectado a la central de policía y acabo de hacerles una señal para que localicen el sitio desde donde me llama.

Se oyó una carcajada de burla.

—¡Ingenuo! Pero es la última vez que le aviso, en serio. En la próxima ocasión, el «paseo» será sin retorno.

Drexell oyó el golpazo del teléfono al ser vuelto a su sitio. Luego, dejó el suyo sobre la horquilla y reflexionó concretamente durante largos minutos.

Por un momento, pensó que había tomado el camino equivocado. Los asesinatos cometidos hasta entonces no estaban relacionados en absoluto con las joyas robadas.

Y a él le interesaba su recuperación. Pero tenía el presentimiento de que, pese a las apariencias, los robos de las joyas y las muertes violentas tenían una relación mucho más íntima de lo que podía estimarse a simple vista.

De pronto, se puso en pie. Había algo en lo que no se había fijado hasta el momento y debía empezar por ello precisamente.

CAPÍTULO VIII

El teniente Oliver chasqueó los dedos cuando su amigo hubo explicado los motivos que le llevaban a su despacho.

—Por todos los diablos... Es un asunto de veinte años, muerto y sepultado...

—¿Han quemado los archivos policiales? —preguntó Drexell, impávido.

—No, claro que no... Pero costará...

—No tengo prisa, Ray.

Oliver exageraba un poco. Drexell tuvo el expediente que buscaba antes de un cuarto de hora. Cuando lo trajeron, se sumió en su lectura.

—El Urraca no es culpable —dijo Oliver—. Se ha portado bien desde que salió de la cárcel hace diez años.

Mientras leía, Drexell tomaba notas de vez en cuando. Pasada casi una hora, devolvió el expediente a su amigo.

—Gracias, Ray —dijo.

—Oye, ¿qué piensas hacer...?

Drexell sonrió desde la puerta.

—Visitar al primer nombre de la lista —contestó.

—Ross A. Harrow es hoy día un respetable hombre de negocios —manifestó el policía.

—Lo tendré en cuenta —se despidió el joven.

Media hora más tarde, entraba en un antedespacho, atendido por una encantadora joven de pelo oscuro y ojos claros. Karen se sorprendió enormemente al ver a Drexell.

—Pero...

Drexell sonreía.

—¿Sorprendida?

—Un poco —admitió ella—. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Quiero hablar con su jefe. ¿Le importaría anunciarme?

—Oh, no, en absoluto... —Karen habló unos momentos por el interfono y luego miró al visitante—. La puerta del fondo, Val —indicó.

—Gracias. Pronto será la hora de salir. ¿Puedo acompañarla hasta su casa?

Ella sonrió.

—Desde luego —accedió.

Instantes más tarde, Drexell se encontraba en presencia de un sujeto de rostro redondo y vientre prominente, pero con expresión nada bonachona.

—Tengo mucho trabajo, abogado —manifestó Ross A. Harrow—. Despache pronto, se lo ruego.

—Seré muy breve, créame. Sólo quería hacerle algunas preguntas sobre algo que sucedió hace unos doce años.

—¿Qué es?

—Evelyn Walter.

Harrow entornó los ojos.

—Recuerdo el caso —admitió.

—Por ahí se dice que Faggan la mató de una paliza, aunque luego hizo aparecer el suceso como un accidente casual.

—Cuando ella se despeñó por el barranco, Faggan estaba con nosotros jugando a las cartas. Así lo declararé en todas partes.

—Y lo mismo dijeron Rick Maine, Bill Chambers y Pete Latimer.

—Dijeron la verdad.

—¿Les «untó» bien Faggan?

Harrow se puso en pie, resoplando ruidosamente.

—Salga —ordenó con voz tonante.

—Sí, ya me voy —sonrió el joven—. Pero no se olvide de Maine ni de Chambers. Ha sido una conversación muy interesante, señor Harrow.

Drexell salió al antedespacho.

—Ha ido usted muy rápido —comentó Karen.

—Era cosa de poca monta —contestó él, intrascendente—. ¿Espero aquí o en la calle?

Karen empezó a recoger las cosas.

—Ya son las cinco de la tarde —contestó alegremente con voz

risueña.

—¿Cómo van sus jaquecas? —preguntó él, una vez ya en el coche.

—Mejor, hace días que no siento nada.

—Seguro que su última jaqueca fue el día en que fue a la estación de servicio Rapid Wheels.

Ella repitió el nombre.

—No recuerdo haber estado ahí, Val —contestó.

—¿Seguro?

—Absolutamente.

—Entonces, estoy equivocado. Tal vez vi a una chica que se parecía mucho a usted.

—Sí, eso debió de ocurrir.

Drexell se separó de la muchacha con el desagradable presentimiento de que algo no iba bien. Ella estaba siendo un instrumento en manos de un desaprensivo, pero ¿quién?

Al día siguiente, lo comentó con su amigo el policía.

—Sí, yo llevaba apenas unos años en el cuerpo —contestó Oliver—. Recuerdo el caso muy bien. Pero la coartada de Faggan era indestructible.

—Cuatro tipos dijeron que estaba con ellos a la hora en que murió Evelyn Walter. Todos mintieron, Ray.

—No se pudo demostrar lo contrario. Y, por otra parte, el cuerpo de Evelyn estaba horriblemente destrozado. Vete un día a Black Gulch y busca el promontorio Norte, donde la carretera hace un ángulo casi agudo. Son ciento veintitantos metros de caída casi vertical, con numerosos salientes rocosos. A menos que Faggan le hubiese rajado el cráneo con un hacha, no se hubiera podido saber si hubo apaleamiento previo o no... e incluso, esa supuesta señal de hacha podría ser achacada a una roca muy afilada. Si hubo crimen, no diré que estuvo bien planeado, sino bien disimulado.

—De todos modos, ten en cuenta que dos de los que declararon a favor de Faggan están muertos. Han sido asesinados.

Oliver meneó la cabeza.

—Val, adivino tu teoría, pero no la creo factible —dijo—. Han pasado ya demasiados años desde entonces.

—El rencor puede anidar en estado latente durante muchos años y, de súbito, explotar inexplicablemente cuando se espera.

—Muy bien, quizá tengas razón, pero... me parece, tú te ocupas de las joyas. ¿Qué pueden importarte estas muertes?

Drexell se puso en pie.

—Tengo la sensación de que están relacionadas con las joyas robadas. No acabo de ver del todo clara esa relación, pero pienso que existe alguna —contestó.

—Ojalá tuvieras razón —suspiró el policía.

Drexell se dirigió a continuación a visitar a cierto individuo llamado Pete Latimer. En la puerta del despacho donde trabajaba Latimer había un rótulo que proclamaba su oficio: agente artístico.

Drexell aguardó en la antesala. Al otro lado de la puerta donde ponía «privado» se oía un piano, acompañando a una cantante. Una aburrida mecanógrafa tecleaba en la antesala, masando chicle. Era madura y muy gorda. A Drexell le pareció una vaca rumiando su ración de hierba.

La puerta del despacho de Latimer se abrió de pronto. Una joven de pelo platino y figura espectacular, salió taconeando fuertemente. Su cara estaba muy encarnada.

—Aquí no se contratan grillos —dijo Latimer ofensivamente.

La rubia cerró de un portazo. Luego, Latimer fijó su vista en el abogado.

—¿Qué quiere usted? —preguntó hoscamente.

—Tengo un perrito que se llama «Dudie». Quiero que lo oiga usted —contestó el joven sonriendo.

—¿Es cantante de ópera, acaso? —exclamó Latimer con acento burlón.

—Pues... por ahora, no, pero todo se andará. De momento, está en el «rock»... También hace discursos políticos y propaganda de detergentes.

—Oiga, amigo, aquí no se viene a perder el tiempo.

—A «Dudie» y a mí no nos gusta perder el tiempo. ¿Acaso no se da cuenta que es precisamente mi perrito quien está hablando con usted?

La mecanógrafa gorda soltó una estentórea carcajada. Latimer se puso más furioso todavía.

—Además, «Dudie» es muy perspicaz —añadió Drexell—. El es quien me ha aconsejado que venga a preguntarle a usted algunos detalles sobre la muerte de Evelyn Walter.

Latimer se puso serio repentinamente. Era un hombre ya cincuentón, calvo y de nariz ganchuda.

—Entre —dijo secamente.

—Gracias.

Latimer cerró la puerta detrás del joven.

—Oiga, Harrow me ha hablado de usted. Supongo que es Drexell, ¿no?

—Sí, el mismo.

—Mire, Evelyn había muerto y ya no se podía hacer nada por ella. Yo debía a Faggan bastante dinero. Ese dinero, además, no era mío. Faggan me dio oportunidad de reponerlo...

—Luego fue asesinato.

Latimer masculló un juramento.

—Sí, Faggan era el perfecto canalla —calificó—. Lo que no sé es qué pudo ver Evelyn en él.

—Las mujeres, ya se sabe, suelen ser incomprensibles. Latimer, si me siento, ¿me contará usted todo lo que sabe?

El individuo asintió.

—Sí —contestó desmayadamente.

Luego, Latimer habló durante unos minutos. Al terminar, Drexell le hizo una pregunta.

—No sé —respondió el agente artístico—. A decir verdad, no sé qué pensar. Han pasado tantos años desde entonces... y a estas alturas, ¿qué ventaja podría obtener de esos asesinatos?

—Es una observación muy acertada —convino Drexell—. De todos modos, amigo Pete, le recomiendo tenga cuidado.

—Me paso el día mirando por encima del hombro. Créame, estoy que no me llega la camisa al cuerpo —confesó Latimer gráficamente.

—Hay algo que me extraña. Todos ustedes andan ya por los cincuenta años. ¿Cómo pudo intervenir Maine en ese asunto?

—Entonces era un hampón de tres al cuarto, un recadero sin importancia. Hizo lo que le pidieron, por veinte dólares. Pero era guapo y se dio cuenta de que podía explotar el físico.

—Sí, ya entiendo. Gracias, Latimer.

La calva del individuo estaba llena de gotas de sudor. Latimer se la secó con un horrendo pañuelo de cuadros.

—Este asunto me está rompiendo los nervios —dijo—. Acabará

conmigo, sin necesidad de que nadie use una pistola.

—No sea aprensivo —rió Drexell—. Ya verá cómo no le sucede nada.

Pero en su interior no estaba tan seguro de lo que acababa de afirmar.

Al contrario, presentía que Harrow y Latimer eran dos condenados a muerte.

Y lo interesante era saber no cómo, sino cuándo se ejecutaría la sentencia.

* * *

Los días siguientes fueron dedicados por Drexell a una tenaz vigilancia, sin que consiguiera nada positivo. Por el contrario, todo parecía tranquilo, en calma, sin que nadie diera la sensación de alterar la paz.

Varias tardes después, Drexell aguardó a Karen a la salida de su trabajo y la llevó hasta su casa. Cuando llegaban, vieron al padre de la muchacha que salía con una caja de herramientas en las manos.

—Hola, jóvenes —saludó Walter.

—¿Adónde vas, papá? —preguntó Karen.

—Bob Silverton me ha llamado. Necesita ayuda.

—Ah, comprendo.

—Karen, tú harás los honores de la casa a tu invitado. Señor Drexell, tendrá que disculparme.

—¿Vas muy lejos, papá? —preguntó ella.

—No lo sé, salvo que es urgente. Bob me llevará en su furgoneta.

Walter se marchó. Karen y Drexell entraron en la casa.

—Silverton es un fontanero amigo —explicó ella—. A veces, le llaman para un trabajo algo complicado y entonces pide ayuda a papá. Mi padre tiene buenas manos y Silverton lo aprecia mucho.

—Ah, comprendo.

—Siéntese por ahí, Val —indicó la muchacha—. Voy a cambiarme; enseguida prepararé café.

—De acuerdo.

Drexell encendió un cigarrillo.

—De modo que, a veces, Walter trabaja con un fontanero amigo —murmuró.

Sería cosa de hablar con Bob Silverton, se dijo.

* * *

Bob Silverton era un hombre mucho más joven que Walter y se encrespó bastante, cuando Drexell le hizo ciertas preguntas.

—Señor mío, Mick y yo somos muy buenos amigos —dijo Silverton—. Ya sé que en tiempos fue un famoso ladrón y que estuvo nueve años en la cárcel, pero se ha rehabilitado después. La lástima es que a él no le guste demasiado este oficio; de lo contrario, le asociaría en mi negocio.

—No lo dudo, señor Silverton, pero... si no le importa, me gustaría saber dónde estuvieron ayer trabajando.

—Lo siento, no se lo diré. Secreto profesional.

—No le he preguntado qué hicieron, sino dónde lo hicieron...

—Usted es abogado. ¿Le he preguntado yo por lo que hace en su trabajo?

Drexell suspiró.

Silverton era una buena persona, no cabía duda, pero de la clase de tipos con mal genio de película.

—Está bien, si no quiere ayudar a su amigo...

—¿Cómo que no le ayudo? Por el trabajo que estamos haciendo, va a ganarse ciento veinte dólares. ¿Le parece poca ayuda?

Drexell captó una frase: «estamos haciendo». Luego no habían terminado todavía la reparación, dondequiera que fuese.

Sonrió anchamente.

—No hay duda —contestó—. Incluso para mí, ciento veinte dólares sería una buena ayuda. Pero eso indica que se trata de una reparación muy costosa...

—¿Abogado? ¿Le he preguntado yo alguna vez por las minutas que presenta a sus clientes?

Drexell se batió en retirada.

—Ha sido usted muy amable, señor...

Silverton le apuntó con su dedo índice.

—Escuche, puesto que soy buen amigo de Mick, y para evitarle un disgusto, no le diré que ha estado aquí —manifestó—. Pero si vuelve a hacerme preguntas sobre él, llamaré a la policía. Mick cumplió ya su deuda con la sociedad y merece que la gente le

respete como me respeta a mí.

—No cabe la menor duda. Mil gracias, señor Silverton.

Drexell abandonó el taller de fontanería, más satisfecho de lo que había esperado en un principio. Se habría visto en un aprieto si Silverton hubiera dicho a Walter que él había estado allí, haciendo preguntas.

Aunque, bien mirado, Walter era lo suficientemente listo para saber que Drexell seguiría haciendo todavía muchas preguntas referentes a él.

Dos horas más tarde, Walter llegó a la fontanería. A los pocos momentos, embarcó en la furgoneta con su amigo.

Drexell los siguió discretamente. Cuando vio que la furgoneta se detenía, paró el coche y esperó unos minutos a que los dos hombres hubieran desaparecido en el interior de la casa.

Tratábase de un edificio lujoso, situado en lo mejor de uno de los barrios residenciales. Constaba de ático y dos plantas y estaba rodeado por un inmenso jardín.

Drexell hizo arrancar el coche. Al pasar junto a la entrada del jardín, leyó el nombre del dueño de la mansión: Arthur W. Fisher.

* * *

Los ojos de Arthur W. Fisher contemplaron a su visitante por encima de unas gafas con montura de oro. En la mano tenía la tarjeta que una secretaria le había pasado minutos antes.

—Y bien, señor Drexell, ¿en qué puedo servirle? —preguntó.

—¿Guarda su esposa joyas en su casa?

Drexell había entrado en materia súbitamente, sin el menor preámbulo. Fisher saltó en su asiento.

—Abobado, no le tolero...

—Perdón —se disculpó el joven—. Quizá he sido demasiado brusco, pero creo que era lo mejor. Hablando sinceramente, temo que su casa sea visitada en cualquier momento por el ladrón fantasma.

Fisher depuso su actitud.

—Eso me parece... ¿Cómo lo ha sabido usted, joven?

—Perdón, no lo sé siquiera y hasta puede que equivoque, pero sospecho que pueda producirse el robo. No le preguntaré por la

cuantía del valor de las joyas de su esposa, pero sí le aconsejo las retire discretamente de la caja fuerte que seguramente tiene en su residencia y las guarde en un Banco.

—La caja fuerte de mi casa es muy segura, señor Drexell —manifestó Fisher orgullosamente.

—Con el ladrón fantasma, no hay nada seguro. Recuerde el caso Keen y el de la señora Clawborne. Eran buenas cajas fuertes y, sin embargo, el ladrón las abrió con toda facilidad.

—Ya entiendo. Bien, seguiré sus consejos...

—Pida informes míos al señor Brownsleigh, director ejecutivo de la Imperial. Si no se recuperan las joyas, la empresa perderá más de seiscientos mil dólares.

—Estremecedor —comentó Fisher.

—Saque las joyas de casa sin que se entere nadie... y yo añadiría que ni su propia esposa. Y deje que todo siga su curso normal.

—Lo haré bien, abogado. Pero en su último robo, el ladrón fantasma hizo algo más que llevarse unas joyas.

—Está completamente probado que no fue él quien mató a la señora Clawborne. Por otra parte, si teme algo, salga de la ciudad y abandone la casa unos cuantos días.

—No está mal pensado. —Fisher suavizó su gesto—. Le agradezco sus informes, abogado. Créame, soy un buen amigo de Brownsleigh y le hablaré bien de usted.

De pronto, bajó la voz.

—En confianza, detesto las joyas, pero las mujeres, ya sabe... Doscientos cincuenta mil dólares de pedruscos, que se mueren de asco en el fondo de una caja fuerte... ¿Sabe lo que producirían en acciones de la General Motors o de la United Steel?

Drexell se echó a reír.

—Me lo imagino, pero usted mismo lo ha dicho. Las mujeres... y hay que tenerlas contentas —respondió.

CAPÍTULO IX

Ralston le avisó que había recibido una llamada de Mil Voces para enviarle la recaudación semanal.

La operación se desarrolló en idéntica forma que en ocasiones anteriores, aunque en otra estación de servicio. Karen acudió también.

Esta vez, Drexell, convenientemente escondido, pudo contemplar el *modus operandi* de la muchacha. Ella fue al tocador de señoras y aguardó un momento en que no había nadie en el departamento. Pasó al de caballeros, estiró la mano, retiró el sobre que había detrás de la cisterna del inodoro y lo guardó en su bolso.

Drexell se colocó ostentosamente en la puerta de la cafetería. Karen pasó por su lado y no supo reconocerle.

«Está hipnotizada», confirmó sus suposiciones.

La mirada de la muchacha era vaga, ausente. De haberle hecho alguna pregunta corriente, le habría contestado. Pero, seguramente, tenía el cerebro bloqueado para todo cuanto se relacionase con la acción que acababa de realizar.

Al día siguiente, la llamó a su oficina.

—¿Cómo va el dolor de cabeza? —preguntó.

—Espantoso —confesó ella—. Aunque ya se me va pasando... Pero ¿qué le ha hecho saber...?

Drexell simuló reír.

—Ha sido una pregunta casual. Como días atrás se quejaba de frecuentes jaquecas... ¿Cuándo salimos a cenar?

—Hoy no me encuentro del todo bien. Llámeme mañana, Val.

—Con mucho gusto. Y, oiga, ¿cuándo va a visitar a un médico? ¿Quiere que hable con mi hermano?

Ella titubeó.

—Espere un poco, por favor —pidió.

—¿Cómo cuánto?

—Si la jaqueca se repite..., le llamaré para que concierte una visita.

—De acuerdo. Hasta mañana, Karen.

Después de colgar el teléfono, Drexell meditó unos instantes. Luego levantó el aparato de nuevo y marcó un número.

Una voz con algo de carraspera respondió en el acto.

—Fontanería Silverton.

—Hola, amigo —dijo el joven—. Soy Drexell. Tengo una pequeña avería en mi casa. ¿Cuándo puede venir a repararla?

—Espere, consultaré mi agenda... ¿Mañana a las diez?

—Estupendo. Hasta mañana, señor Silverton.

Drexell colgó el teléfono.

Silverton era un cascarrabias, pero tenía buen corazón y, lo que resultaba más importante, podía resultar muy locuaz si se le trataba debidamente.

* * *

Pete Latimer se había quedado sólo en un despacho, preparando unos contratos que uno de sus representados debía firmar al día siguiente. Enfrascado en la tarea, no se dio cuenta de que había alguien en la estancia, hasta que eme notó una sombra frente a la mesa.

Entonces, alzó la cabeza.

Inmediatamente, sintió un escalofrío de horror.

—Usted...

—Sí —contestó el visitante, en cuya mano derecha brillaba un revólver de pavoroso aspecto—. Te imaginas a lo que he venido, ¿no?

Latimer extendió los brazos.

—No, espere... Tengo algún dinero... Le daré...

—Que lo empleen en tu funeral —contestó el visitante.

Y apretó el gatillo.

Latimer se irguió convulsivamente, cayó y luego gimió mientras el sillón giraba hacia la derecha. Así, su sien quedó frente al revólver.

Se oyó otro chasquido. Latimer se desplomó del sillón y quedó

en el suelo, encogido, hecho un ovillo.

* * *

—¿Sólo era esto? —se quejó Silverton, después de examinar el grifo del lavabo.

—Bueno, goteaba... ¿Qué le debo? —preguntó Drexell.

Silverton le miró de hito en hijo.

—A ese maldito lavabo no le hacía falta un fontanero —gruñó—. ¿Por qué no habla claro de una vez?

Drexell soltó una risita.

—Usted me ha hecho venir para que le cuente cosas de Mick —añadió el fontanero.

—Si es tan amable...

—Mick y yo somos muy buenos amigos. Ahora es una persona decente.

—Le aseguro que todo lo que me diga quedará entre nosotros, señor Silverton.

—Está bien... Oiga, ¿no tiene un trago a mano?

—Claro, hombre.

Drexell abrió una botella y puso un vaso en las manos del fontanero. Silverton tomó un trago, chasqueó la lengua y emitió una sonrisa maliciosa.

—Usted sospecha que Walter es el ladrón fantasma —dijo al cabo.

—Hombre...

—Yo no lo creo así, pero usted está en su derecho de sospechar. Le diré una cosa; más de una vez hemos ido a casas de personas ricas, mansiones de ensueño, con batallones de criados...

Silverton volvió a beber.

—Mick me ha dicho: «Aquí haría yo esto y esto y lo de más allá, y en menos de media hora rompería todas las alarmas y limpiaría la caja fuerte que hay detrás de ese cuadro...». Porque todas las cajas fuertes de los ricos están detrás de un cuadro, ¿sabe?

—Vaya —dijo Drexell, simulando asombro.

—Pero Mick añadía siempre: «Bob, ahora no tocaría yo ni un cigarrillo ajeno por todo el oro del mundo. No, la mala vida se acabó para mí». Y eso es lo que ha hecho desde que salió de la

cárcel.

—No sabe cuánto me alegro, señor Silverton.

—Su hija le cambió mucho. Por Karen haría cualquier cosa. Ya ve, ella trabaja para mantenerlo, aunque es cierto que, de vez en cuando, yo le ayudo. Pera se lo gana, sí, señor; a pesar de los años, tiene unas manos de ángel.

—Señor Silverton, lo que usted me ha dicho me tranquiliza extraordinariamente. Se lo agradezco infinito.

El fontanero cargó con la caja de herramientas.

—Mick es un buen amigo —se despidió.

Drexell meneó la cabeza al quedarse solo.

¿Debía creer a Silverton?

Probablemente, sí. Silverton era un hombre que confiaba en Walter. Pero ¿no se aprovechaba éste de su confianza?

De pronto, se abrió la puerta. El rostro ladino de Silverton asomó por el hueco.

—Se me olvidaba una cosa, abogado —exclamó.

—Usted dirá...

—Es algo que quizá no tenga demasiada importancia Bueno, Mick lo comentó conmigo hace algún tiempo... Usted ya sabe que estuvo nueve años preso.

—Lo sé.

—Bien, Mick aprendió hipnotismo en la cárcel. Una vez hizo una prueba conmigo. Resultó algo fantástico.

—¿Cómo sabe que resultó fantástico?

Silverton lanzó una risita.

—Además de grifos y enchufes eléctricos, arreglo otros cachivaches —contestó—. Me habían dado una cámara de cine que no marchaba bien y quise probarla con una película. Mick rodó unas cuantas escenas, conmigo de primer actor. Yo hacía cosas que luego no recordaba en absoluto... Tendría que haberme visto a gatas, ladrando como un perrito... Claro que era una película muda, pero, aun así, se veía claramente que yo imitaba a un can...

—¿Conserva esa película, Bob?

—Oh, no, la quemé. Aunque el experimento no dejó de —agradarme, me sentía ridículo.

—Comprendo. Muchas gracias... y perdone que le llame Bob.

—Me gusta. Adiós, abogado.

Drexell se quedó sólo nuevamente.

Conque el Urraca había aprendido hipnotismo en la cárcel.

¿Cómo? ¿Quién le había enseñado a desarrollar sus facultades mentales?

El teléfono le arrancó a sus meditaciones con estallante brusquedad.

Era el teniente Oliver.

—Tengo una mala noticia para ti —dijo.

—Ray, los malos tragos, pronto —pidió Drexell.

—Latimer ha muerto. Dos balas, una en el pecho y otra en la cabeza.

* * *

Aquella noche, Drexell cenó con su hermano y la mujer de éste.

Tras la cena, los dos hermanos se sentaron en la sala. Jean Drexell, una atractiva joven que no había cumplido aún los treinta años, les sirvió café y licores.

—Tengo la sensación de que queréis hablar a solas —dijo.

Val y su hermano Víctor quedaron solos.

—A mí también me parece que quieres decirme algo importante —sonrió el psiquiatra.

Drexell asintió.

—Se trata de la chica de los dolores de cabeza —comentó.

—¿Cuándo la traes a mi consulta? Te dije que buscaras un pretexto... ¿Por qué no la invitas a cenar una noche con nosotros?

—Lo intentaré, Víctor. De momento, me gustaría que me dijeras si es posible que una persona pueda aprender a hipnotizar a la gente.

—Hombre... en gran parte depende de la potencia mental del individuo. Me refiero al que quiere aprender a hipnotizar. Naturalmente, hay que contar también con el sujeto a quien se quiere sugestionar... ¿Por qué lo dices, Val?

—Esa chica... Bueno, se llama Karen... Estoy seguro de que comete delitos bajo influencia hipnótica.

—¡Caramba! Eso es muy grave. Al que la hipnotiza podría costarle muy caro. La sugestión no debe emplearse, sino con fines curativos y siempre con el consentimiento del paciente.

—A ella le hacen robar, Víctor. Por lo menos, lleva dinero ilegítimo.

—¿Cómo?

Drexell explicó a su hermano lo que había visto hacer a Karen en tres ocasiones. El psiquiatra se acarició el mentón pensativamente.

—Val, tráela aquí en cuanto puedas. Mejor todavía, ¿por qué no la traes cuando todavía está en trance?

—¿Sería posible?

—Eso tienes que hacerlo tú, en la forma que mejor te parezca. Yo me encargaré del resto.

—Víctor, ¿sabes una cosa?, ella se resiste con todas sus fuerzas a lo que le obligan a hacer. Por eso fue a verte y se encontró conmigo, cuando todavía no habían quitado el rótulo de «V. Drexell, psiquiatra». Incluso estaba dormida y hablaba algo en sueños...

—¿Qué decía, Val?

De repente, Drexell se pegó una palmada en la frente con fuerza.

—Idiota de mí —exclamó.

—Vamos, vamos, no te insultes. Si has olvidado algo, todavía estás a tiempo de rectificar.

—Ella decía que había soñado que estaba en una mansión muy grande y lujosa... —Drexell chasqueó los dedos—. ¡Acabo de dar con la solución, Víctor!

—¿Y es...?

—Sencillamente, el ladrón fantasma es una ladrona.

—¿Karen?

—Sí, la misma.

Víctor frunció el ceño.

—Si supieras cuándo piensa actuar, tendrías mucho adelantado —dijo.

Drexell se puso en pie y cruzó la sala.

—Voy a hacer una llamada telefónica —manifestó.

Levantó el aparato y marcó un número, previamente recordado en su agenda. Esperó unos instantes, hasta que oyó una voz masculina:

—Residencia del señor Fisher.

Drexell supuso que era el mayordomo.

—Deseo hablar unos instantes con el señor Fisher. Soy el abogado Drexell. Dígale que es urgente.

—Bien, señor.

El joven oyó a Fisher segundos más tarde.

—¿Abogado?

—Señor, tengo nuevas pistas sobre el asunto del ladrón fantasma. Me interesaría saber la fecha en que usted y su esposa piensan emprender el viaje.

—Pasado mañana por la noche, la casa quedará libre —contestó Fisher—. Ah, he seguido su consejo; el señor Brownsleigh ha dicho que debía atender las indicaciones tuyas, abogado.

—Mil gracias, señor Fisher. Váyanse tranquilos y disfruten de unas buenas vacaciones... Ah, ¿quedará alguien en la casa?

—El jardinero y su esposa, pero residen en un pabelloncito independiente, situado en el extremo del jardín.

—Perfectamente. No les diga nada. Otra vez gracias, señor Fisher.

—Soy yo quien debe dárselas, amigo Drexell.

El teléfono volvió a su sitio.

Val se enfrentó, sonriente, con su hermano.

—Con un poco de suerte —dijo—, te traeré a Karen en pleno trance.

Víctor saltó en el diván.

—No podría pedir más —contestó—. Pero ¿cómo piensas conseguirlo?

Val se tocó la frente con el índice.

—Todavía tengo que pensarlo... y dispongo de dos días de plazo. Aunque no es seguro que pasado mañana...

—Pasado mañana, ¿qué, Val?

El joven se dirigió hacia la puerta.

—A partir de pasado mañana, debes estar preparado para recibir una llamada telefónica mía, a cualquier hora del día o de la noche..., aunque más bien opino que será por la noche —se despidió.

Su cuñada Jean apareció en la puerta de la sala, cuando ya se disponía a salir.

—A ver si traes pronto a esa chica —pidió—. Ya tengo ganas de verte con ojos de carnero degollado, embobado delante de una muchacha... y dispuesto a convertirme en un respetable padre de familia.

Val lanzó una alegre carcajada. Agitó la mano y cerró la puerta.

Cruzó con paso rápido el pequeño jardincito que rodeaba la casa de su hermano. El automóvil se hallaba estacionado junto a la acera.

Cuando se disponía a abrir la portezuela, alguien surgió, en el interior del coche, amenazándole con una pistola.

—En al asiento posterior viajará con más comodidad, abogado —dijo el individuo.

Drexell se sobresaltó en un principio. Luego volvió la vista hacia la trasera del coche y divisó a otro sujeto igualmente armado.

Esta vez, pensó, no eran Ralston y sus amigos, sino otros distintos y, probablemente, mucho más duros y despiadados.

—Otro paseo, ¿eh? —murmuró.

—Sí, y en esta ocasión, abogado, será auténtico —contestó el pistolero del asiento posterior.

CAPÍTULO X

El coche rodaba velozmente por la autopista, mientras los tres hombres que viajaban en su interior mantenían un silencio total.

El cerebro de Drexell funcionaba a toda presión. En una ocasión se había dejado conducir como un borrego al matadero. Aún tenía presente la angustiosa sensación de oír los disparos y sentir aquel golpe en la cabeza, que le había parecido el impacto de la bala. Por fortuna, todo había sido una farsa destinada a intimidarle.

Pero ahora no habría farsa; la escena se repetiría y con toda autenticidad. El golpe en la nuca sería un auténtico impacto de bala.

Quizá, se dijo, había cierta ventaja para él, la ventaja que se derivaba de haber hecho ya un «ensayo»... y de la circunstancia de que ahora eran dos los pistoleros y no tres, como en la ocasión anterior.

El conductor permanecía atento al volante. Su compinche quedaba a la derecha, manteniendo la pistola obstinadamente pegada a su costado. Drexell sabía que no podría hacer nada hasta que se apease del coche.

Y no le asesinarían en el vehículo, puesto que ellos lo necesitaban para regresar a Ransdowe.

Transcurrió media hora larga. De pronto, el coche tomó una salida de la autopista y entró en una carretera secundaria. Quince minutos más tarde, el conductor hizo que el vehículo entrase en un camino de tierra.

Había abundancia de árboles en el terreno. Drexell empezó a prepararse para actuar.

Podía morir, pero no caería sin luchar con todas sus fuerzas. Esta vez no sería un manso borrego, sino una fiera que pelearía con

uñas y dientes.

Casi inesperadamente, el conductor frenó.

—Aquí —dijo.

Y se apeó.

—Quieto —ordenó el otro pistolero.

El chófer abrió, se separó dos o tres pasos y sacó una pistola.

—Baje, Drexell.

El joven vaciló.

—¿Prefieres que lo matemos en el interior del coche? — preguntó el conductor ásperamente.

—Se mancharía la tapicería, ¿no le parece?

La pistola que se apoyaba en su costado, presionó con fuerza.

—Le han dicho que se baje —gruñó el otro pistolero.

—Oigan, tengo dinero...

—Estamos bien pagados.

—Qué suerte —rió Drexell—. ¿Saben lo que le pasó a Faggan?

—Eso no tiene nada que ver con este asunto...

—¿Cómo era la voz del hombre que les ordenó liquidarme? ¿O parecía una mujer? ¿Le ha enviado ya el dinero por correo?

Los pistoleros, de pronto, parecieron sentirse inquietos.

—Oye, tú, este tipo parece saber muchas cosas —dijo el conductor, inquieto.

—¿Y qué? Ya no las repetirá a nadie —contestó el otro malhumoradamente.

—¿Saben acaso si las he repetido ya? —dijo Drexell irónicamente.

De pronto, recibió un empujón.

—Sea como fuere, la función se acaba aquí —barbotó el pistolero que se había quedado en el coche—. ¡Abajo, rápido!

Drexell se apeó, inspirando con fuerza. Pensó que podía intentar un truco... era muy viejo, pero tal vez los pistoleros estaban acostumbrados a tratar con hombres amedrentados...

Súbitamente, lanzó una exclamación:

—¡Viene un coche!

Los ojos del conductor se desviaron una fracción de segundo. Era algo instintivo; Drexell sabía que nadie dejaría de atender una indicación semejante, sobre todo, cuando se hacía en forma inesperada.

Entonces saltó hacia adelante, giró un poco y, antes de que el conductor pudiera reaccionar, se situó tras él y le asestó un terrible empujón, lanzándole contra su compinche.

Los dos pistoleros rodaron hacia atrás, chocando aparatosamente contra el automóvil, para caer al suelo inmediatamente, en un confuso y aullante revoltijo de brazos y piernas. Drexell corrió media docena de pasos, divisó un matorral y se tiró de cabeza al otro lado.

Estallaron varios disparos. Drexell, agazapado, oyó claramente el silbido de las balas y el chasquido de las ramitas cortadas. Los pistoleros parecían frenéticos.

—Eres un idiota...

—Me distrajo. Y también te distrajo a ti.

—Está bien, no puede haber ido muy lejos. Ve por la izquierda, yo lo haré por la derecha.

Agachado junto a un árbol de grueso tronco, Drexell tanteó el suelo con la mano. De pronto, encontró un pedrusco tan grande como el guante de un boxeador.

Esperó, con los nervios en tensión. Por el momento, había conseguido desorientar a los pistoleros. Pero ya no podía alejarse mucho más, porque inevitablemente haría ruido, dada la abundancia de vegetación. Los crujidos de las ramas delatarían en el acto su posición y las balas lloverían sobre él.

De pronto, vio una silueta oscura a pocos pasos de distancia. Drexell empezó a incorporarse lentamente, protegido por el tronco del árbol, con el que se confundía. El pistolero se volvió un poco. Su cara destacó como una mancha algo más clara en la absoluta oscuridad del lugar.

Lentamente, sin el menor ruido. Drexell echó el brazo hacia atrás. La piedra salió disparada con tremenda potencia, alcanzó un rostro humano y rompió el hueso nasal y algunos dientes.

Se oyó un brutal rugido. Un hombre cayó por tierra, revolcándose de dolor.

Drexell saltó hacia adelante y se apoderó de la pistola.

—¡Gus! ¿Qué pasa? ¿Dónde estás? —gritó el otro pistolero.

Su compinche no podía hablar, sólo emitía sonidos inarticulados. El impacto había causado estragos en la nariz y la boca.

Drexell avanzó cautelosamente algunos pasos. El coche estaba cada vez más cerca.

De pronto, oyó crujido de ramas y se agachó.

—¡Gus, maldita sea! ¿Por qué no contestas? —Oyó al otro hampón.

Su compañero quiso decir algo, pero no consiguió sino emitir algunos ruidos con la boca destrozada y llena de sangre. El pistolero empezó a sentir pánico.

De pronto, sonó un disparo.

La respuesta fue un aullido de dolor. El pistolero sintió como un latigazo en la pierna derecha, que le falló inmediatamente, haciéndole rodar por tierra. Al agarrarse el miembro herido con ambas manos, soltó la pistola.

Una silueta apareció de pronto ante él. Drexell se inclinó, recogió la segunda pistola y la arrojó a lo lejos, entre la maleza.

—Nunca conviene vender la piel del oso antes de cazarlo —dijo.

—Me duele... Llame a un médico... —gimió el herido.

Drexell le miró despreciativamente.

—No era un médico lo que tú querías proporcionarme, sino un enterrador. Pero aguarda un poco.

El herido por la pedrada había acabado por perder el conocimiento. Drexell registró cuidadosamente a los dos pistoleros, con la ayuda de una linterna que llevaba en su automóvil.

Reunió tres mil dólares en billetes.

—No está mal —contestó, mientras hacía un montoncito con el dinero.

Luego le pegó fuego, a cuatro pasos del pistolero herido en el muslo.

—Ya ves —sonrió—, tu compañero tiene la nariz machacada y ha perdido unos cuantos dientes. Tú tienes un remo averiado... y los dos os habéis quedado sin dinero.

El pistolero maldijo obscenamente. Drexell pisoteó cuidadosamente las cenizas de los billetes y luego se dirigió hacia el coche.

—Creo que abundan las alimañas por el bosque —gritó, en el momento de dar el contacto.

La respuesta fue un grito de terror. Drexell volvió a reír y emprendió el camino de regreso a la ciudad.

Informaría a la policía, pero anónimamente. Los pistoleros tendrían que dar muchas explicaciones, aunque, por propia conveniencia, callarían lo más importante.

Respiró, aliviado.

Estaba vivo y había dado una buena lección a dos profesionales de la pistola. No creía que volviesen a meterse con él.

—Esta clase de gente respeta mucho a los que son más duros que ellos —fue la conclusión a la que llegó, cuando se disponía a tomar un baño caliente, que relajase sus nervios, todavía alterados por la terrible situación en que se había visto.

* * *

Aquella noche, Drexell se vistió completamente de negro y viajó hasta las inmediaciones de la residencia Fisher. El coche quedó a unos cien metros de la casa.

Minutos más tarde, estaba en el pabellón del jardinero. Éste, previamente advertido, le abrió la puerta posterior de la residencia.

Con una diminuta linterna en la mano, Drexell subió al piso superior, donde el dueño de la casa tenía la caja fuerte. El jardinero y su mujer estaban en su pabellón, con las luces apagadas.

Drexell buscó un lugar adecuado para esperar. Aquella noche, se dijo, atraparía al ladrón fantasma.

Había ido a una hora relativamente temprana, aunque ya de noche. El tiempo transcurrió con infinita lentitud.

Alrededor de las tres de la madrugada, creyó oír el crujido de un peldaño. Inmediatamente, se puso en pie.

La puerta de la sala se abrió y un rayo de luz exploró su interior. Drexell, oculto tras unas cortinas, asomó solamente un ojo.

El ladrón entró cautelosamente. Era una figura negra, sin el menor detalle indumentario. La escasa luz que despedía su lámpara impedía captar más detalles.

El intruso sacó algo y se lo puso en la frente. La linterna quedó ahora sobre sus ojos.

—Muy ingenioso —murmuró Drexell.

Pasaron algunos segundos. El intruso se acercó a la pared e hizo girar un cuadro. Luego apoyó sus dedos en la puerta de la caja fuerte que había quedado al descubierto.

Entonces, una mano tapó su boca y otra sujetó su cintura.

—No se mueva —dijo Drexell.

Sonó un grito ahogado.

Drexell se sintió desconcertado por un momento. De pronto, el cuerpo que sostenía en sus brazos se relajó y empezó a caer.

—¡Dios mío! —exclamó Drexell.

Pero casi inmediatamente reaccionó y cogió en sus brazos el inerte cuerpo de Karen, dándose cuenta de que se trataba de un simple desmayo.

—Miserable... Hacer esto a su propia hija... —exclamó, lleno de cólera, al ver confirmadas sus sospechas.

Abandonó la sala y descendió a la planta baja, para salir por la puerta posterior. Llegó a la casa del jardinero y llamó suavemente con el pie.

La puerta se abrió a los pocos momentos. El jardinero y su esposa contemplaron atónitos el inesperado espectáculo.

—Necesito usar su teléfono —dijo Drexell.

—Entre, por favor. El señor Fisher nos ordenó que le atendiéramos en todo —contestó el jardinero.

—Este pabellón tiene salida posterior, me parece.

—Sí, señor.

—Le daré las llaves de mi coche. Quiero que lo traiga aquí, con la mayor discreción posible.

Karen quedó tendida sobre un diván, todavía sin conocimiento. Drexell pidió unas tijeras y cortó la capucha por la parte del cuello. Los cabellos de la muchacha quedaron completamente libres. Drexell observó que respiraba con regularidad, lo que le hizo sentirse mucho más tranquilo.

Inmediatamente, sacó las llaves y se las entregó al jardinero. Luego fue al teléfono.

Esperó casi un minuto antes de oír la soñolienta voz de su hermano:

—¿Diga...?

—Víctor, soy Val. Voy a llevarte una paciente.

—Muy bien, estaré preparado. ¿Qué dice ella?

—Nada, el choque de verse sorprendida la ha causado un desmayo. ¿Qué le doy para que se recupere?

—Déjala que siga así, es mejor.

—Muy bien. Enseguida nos tendrás en casa.

Drexell colgó el teléfono. La esposa del jardinero contemplaba con ojos compasivos a la joven.

—Pobre chica... ¿Le doy algo para que...?

—No, el médico lo ha prohibido. Ya se recobrará.

—Así que ella es el ladrón fantasma.

—En efecto, señora. Pero puede tener la seguridad de que, en ningún momento, sabía lo que se hacía.

La mujer le contempló atónita. En aquel momento entró su esposo.

—¿Señor Drexell?

—Gracias, amigos —sonrió el joven, mientras cargaba de nuevo con el cuerpo de Karen—. Les aseguro que el señor Fisher tendrá muy en cuenta su valiosa ayuda. Ah, y por favor, sean discretos.

—Descuide —contestó el jardinero.

Karen quedó instalada en el asiento posterior del coche, que arrancó en el acto. Media hora más tarde, Drexell la ponía en manos del psiquiatra.

CAPÍTULO XI

A la misma hora, Ross A. Harrow creyó oír ruidos sospechosos en su casa.

Hacía ya días que dormía con una pistola debajo de la almohada. Sin hacer el menor ruido, tomó el arma y salió lentamente de la cama, para no despertar a su esposa.

Abandonó el dormitorio en silencio y descendió a la planta baja. Encendió las luces.

Todo parecía en orden.

Entonces, ¿qué había sido aquel ruido?

—Mis nervios me han jugado una mala pasada... —dijo, mientras levantaba el brazo izquierdo hasta su frente.

De pronto, oyó una voz a sus espaldas:

—No te muevas, Ross. Estoy apuntándote con un arma.

Harrow sintió un terrible escalofrío.

—¿Walter?

—El mismo.

—Escucha, Mick, Faggan nos amenazó si no declarábamos...

—Todos erais unos cobardes.

—Pero, óyeme bien, ella estaba muerta...

—Apaleada por Faggan.

—Eso no se ha sabido jamás. Mentimos, de acuerdo, pero ¿y si de veras se cayó por el barranco?

—Ross, voy a matarte.

—Por favor —gimió Harrow.

—Es tarde ya para suplicar clemencia.

Se oyó un sordo chasquido. Harrow sufrió un brutal estremecimiento al sentir en su espalda el impacto de la bala.

Empezó a girar. Desesperado, movió la mano y disparó a su vez.

Como la pistola no tenía silenciador, el estampido pareció un cañonazo.

El asesino se tambaleó ligeramente y disparó por segunda vez. Harrow cayó de espaldas.

Arriba se oyó un agudo grito de terror. Momentos después, la señora Harrow descendió a la planta y empezó a chillar al ver a su esposo, caído en el suelo, en medio de un charco de sangre.

* * *

Karen yacía sobre un diván, todavía con la misma ropa, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho. Víctor Drexell estaba sentado a su lado.

Val presenciaba la escena en pie, junto a su hermano. Víctor le había recomendado silencio absoluto.

—Hable, Karen —dijo el psiquiatra—. Cuente el sueño que ha tenido.

—Anoche soñé que estaba en una gran mansión, muy lujosa. Había muebles y objetos de decoración muy valiosos. No sabría yo decir cómo había ido a aquella casa, porque estaba en ella, pero no me resultaba desconocida.

Era un relato casi exacto al que Val había escuchado involuntariamente semanas antes.

—La casa estaba solitaria y a oscuras. Subí por la escalera principal y llegué al piso superior. Entonces vi un cuadro, copia de un Turner. Detrás del cuadro había una caja fuerte. Abrí la caja fuerte. Yo conocía la combinación. Dentro había muchas joyas. Las puse en una bolsa y dejé todo en orden...

La grabadora recogía fielmente todas las palabras de la muchacha.

Karen continuó:

—De pronto, oí voces y me escondí. Las luces se encendieron. Dos personas entraron en la sala. Un hombre y una mujer. El hombre era mucho más joven que ella y le pedía dinero desesperadamente. Ella se negó y le dijo que ya se podía marchar para siempre. Entonces, se acercó a la mesita de los licores. El hombre sacó un revólver y disparó. Luego fue corriendo a la caja fuerte. La abrió. Ya no había joyas y empezó a blasfemar. Luego

pegó una patada a la mujer, que estaba muerta. Después, huyó...

Karen respiraba afanosamente.

—Dejémosla descansar un poco —propuso Víctor.

—¿No se resentirá del esfuerzo? —preguntó su hermano.

—No, aunque es evidente que has llegado a tiempo. Si la cosa hubiera seguido durante mucho tiempo, su mente podría haberse resentido. Ella sabía que hacía algo malo y se resistía, pero la mente que influenciaba la suya era mucho más poderosa. Y además...

Víctor tomó unas tijeras y rasgó la manga izquierda de la malla. El brazo quedó al descubierto.

—Mira —dijo.

—Señales de una inyección —adivinó el joven.

—Exacto. Probablemente, lo que se ha dado en llamar suero de la verdad, con lo que el hipnotizador aumentaba la potencia de su influjo mental.

—Sí, comprendo. Ella, en cierto modo, servía de coartada.

—Exacto. Podían sospechar de él, pero no sabían que era Karen, en realidad, la que robaba las joyas.

Val se acarició el mentón.

—Me pregunto dónde estarán —dijo—. ¿Sabes que el total de lo robado alcanza el millón de dólares?

—¡Quién lo pillara! —sonrió Víctor—. Bueno, vamos a continuar...

Val extendió una mano.

—Espera —pidió.

—¿Sí?

—Víctor, dime, ¿recordará algo cuando despierte?

—Tendrá una fuerte jaqueca, pero ya le daré un calmante. Ahora bien, pienso que ella debe conocer toda la verdad, como un medio de vivir tranquila en el futuro. De otro modo, la sensación de angustia no desaparecería jamás de su mente y la convertiría, a la larga, en una persona inestable e insegura. Ella debe tener la seguridad de que jamás volverá a cometer un acto delictivo.

—Entiendo.

El psiquiatra sonrió.

—Aunque yo dirija su proceso curativo, habrás de ser tú quien se lo cuente todo —dijo—. Eres la persona más indicada para hacerlo.

—De acuerdo, Víctor. Continúa, por favor.

El psiquiatra se acercó a la paciente.

—Karen, ¿me oye?

—Sí, señor —contestó ella, con la misma voz monocorde que había empleado desde el principio.

—Ahora, dígame, ¿quién la enviaba a recoger el dinero procedente de la agencia de apuestas?

—Mi padre —dijo Karen.

* * *

El timbre de la puerta sonó. Mick Walter se quitó las gafas que usaba para leer, dejó el periódico a un lado y se puso en pie.

Había un hombre al otro lado del umbral. Detrás, se veían dos agentes de uniforme.

—¿Michael Walter? —preguntó el individuo.

—Sí, señor...

—Soy el teniente Oliver, de la Brigada de Homicidios. Lo siento, pero debo acusarle de la muerte de Bill Chambers y de otros varios, incluyendo a Rock Faggan. Oliver sacó una agenda del bolsillo y añadió:

—Le leeré sus derechos...

Walter alzó una mano.

—No se moleste, teniente —dijo—. Conozco el disco perfectamente. Pero le diré una cosa; está equivocado.

—Señor Walter, yo le diré otra: nadie le obliga a hablar, si no es en presencia de su abogado, pero todo lo que diga puede ser utilizado en contra suya en el tribunal.

—Sí, lo sé: Teniente, estoy listo para acompañarles, pero, dígame, ¿cuáles son las muertes de que se me acusan?

—Maine, Chambers, Faggan, Latimer y Harrow.

—¡Harrow! —repitió Walter.

—Ha sido asesinado hoy a las tres y media de la madrugada.

—El periódico no dice nada...

—No ha habido tiempo de que la noticia llegase a las redacciones.

—He estado toda la noche en casa, teniente.

—Harrow vivió lo suficiente para acusarle a usted, delante de

testigos —declaró Oliver, impasible.

—Oh —murmuró Walter. De pronto, alargó las manos—. Supongo que toda objeción es inútil.

—Lo siento. —Oliver miró a su prisionero—. Mick, me ha decepcionado usted. Creí que había vuelto definitivamente a la vida honrada.

Walter sonrió de un modo extraño.

—Vamos, teniente —dijo—. No es bueno hacer aguardar a la justicia.

Con paso firme, se encaminó hacia el coche de patrulla que aguardaba junto a la acera. Oliver caminaba junto a él. Suspiró, aliviado; el problema que tanto había preocupado a todo el mundo durante meses, estaba a punto de concluir.

* * *

Jean Drexell llegó con una bandeja y la puso sobre una mesa.

—Tome algo, Karen —dijo suavemente—. Necesita alimentarse.

Había lágrimas en los ojos de la muchacha.

—Me parece todo tan fantástico —se lamentó.

—Lo siento —dijo Val—. Mi hermano me aconsejó que fuese yo Quien le contase la verdad. Y creo que debía saberlo. Esto, aunque no lo crea, libraré su mente de la pesadumbre que tanto daño le causaba y no sólo moralmente, sino físico. Los dolores de cabeza desaparecerán... hasta que pille algún catarro, claro.

Karen hizo un esfuerzo por sonreír.

—Pero mi propio padre...

—Es una historia que se remonta a más de veinte años atrás —dijo él—. De todos los actores, sólo usted es la víctima..., aunque tampoco debemos olvidar a su madre. Pero incluso ella realizó muchos de sus actos con plena voluntariedad.

—Sí —convino la muchacha—. Val, ¿qué pasará ahora?

—Karen, creo que debe quedarse en casa de mis hermanos. La atenderán perfectamente. Jean es estupenda; se sentirá a gusto a su lado.

—Sobre todo, si te largas y dejas que esa pobre chica llene el estómago —exclamó la aludida—. ¿Crees que no vas a tener tiempo de hablar con ella en todos los años de vida que os quedan?

Karen se sonrojó. Val sonrió, mientras se ponía en pie.

—Cuando se enfada, se pone inaguantable —dijo—. Menos mal que es mi hermano quien tiene que soportarla.

—Me soporta muy a gusto —protestó Jean.

El teléfono sonó en aquel momento. Víctor apareció en la puerta de su despacho.

—Val, te llama el teniente Oliver —informó—. Dice que te está buscando por todas partes...

Drexell corrió hacia el despacho de su hermano. Instantes después, se enteraba de algo que le dejaba estupefacto.

—Pero, Ray, eso es imposible...

—Val, lo siento. Hay unos cuantos testigos que oyeron a Harrow acusar a Walter. Harrow, incluso, pudo disparar su pistola, pero ya no consiguió nada.

Drexell apretó los labios.

—Es curioso —comentó.

—¿Qué? —dijo el policía.

—Ray, ninguno de los otros vivió lo suficiente para declarar quién había sido su asesino. Sólo Harrow, el último de la lista, ha podido identificar a Walter. ¿No te parece eso muy raro?

—Bueno, ninguno de los otros tuvo ocasión de empuñar una pistola. Lo que sí encuentro extraño es que se hayan hallado otras manchas de sangre en el lugar del crimen. Y, sin embargo, Walter aparece sin la menor herida.

—Pero ¿ha admitido ser el autor de los crímenes?

—No ha dicho ni que sí ni que no. Su actitud me parece... desconcertante. No acabo de entender lo que pretende...

—Ray, en tu lugar, yo haría observar a Walter por un médico.

—¿Cómo dices?

—Haz lo que te digo. Ese hombre está enfermo.

Oliver frunció el ceño.

—Está bien, llamaré al forense —contestó—. Por cierto, ¿dónde está la hija de Walter?

—No lo sé —mintió Drexell—. Si la ves, dile lo que le pasa a su padre. Sufrirá, pero no podemos evitarlo.

—Descuida, Val.

—Y pregúntale también qué tal resultado le dio su aprendizaje de hipnotismo en la prisión.

—Val, ¿te has vuelto loco?

Drexell soltó una risita.

—Al contrario, me encuentro perfectamente cuerdo —contestó

—. Luego te llamaré.

Colgó el teléfono y miró sonriendo a su hermano.

—Víctor, ahora más que nunca estoy a punto de encontrar la solución final a este enigma —dijo.

CAPÍTULO XII

—¿Estás segura de lo que dices?

Clara asintió, mientras llenaba una copa para su visitante.

—Absolutamente —contestó.

—Tenía que ser así, no podía resultar de otra forma —dijo Val.

—Cuando lo publiquen completo, resultará un caso fascinante —vaticinó Clara, mientras se sentaba junto al joven.

—No lo dudo, pero, a veces, pienso...

—Piensas que es increíble.

—Sí.

Clara se reclinó indolentemente en el diván.

—Es lo que suele pasar —dijo—. El principal culpable resulta ser siempre el menos sospechoso de todos.

—Aquí no hay mayordomo, que es el que siempre carga con las culpas.

—Bueno, lo mismo da. Val, ¿cuánto dices que valen las joyas robadas?

—En total, un millón...

Clara silbó.

—El diez por ciento, son cien mil —calculó.

—Hermosa, en primer lugar, aún no las he recobrado todas. En segundo lugar, yo sólo me encargo de cuatro robos, cuyo valor total asciende a seiscientos mil, en cifras redondas.

—Bueno, sesenta mil no está tampoco nada mal.

—Si encuentro las joyas, seis mil serán para ti.

Clara suspiró.

—Lo daría todo por... Pero no son más que sueños, Val.

Drexell tomó un sorbo, se limpió los labios y luego se inclinó ligeramente hacia Clara, para besarla en una mejilla.

—Tu ayuda ha resultado inapreciable —aseguró.

Momentos después, salía de la casa. Clara se enjugó una lágrima.

—Hay que ser realista —se dijo, suspirando hondamente.

Drexell abandonó la casa y subió a su automóvil. Rodó a moderada velocidad y, al fin, se detuvo ante un local de modesta apariencia.

Cruzó la acera. La puerta accionó una campanilla que tintineó suavemente. Un hombre apareció a poco al otro lado del mostrador.

—¡Señor Drexell! —exclamó, sorprendido.

—¿Conoce la noticia, Bob? —preguntó el joven.

—Por supuesto... Me siento desolado, créame. Yo había llegado ya a confiar absolutamente en mi amigo... Ha defraudado mi confianza...

—Me lo imagino —contestó Drexell—. Bob, a pesar de todo, tenemos que ayudar a Mick. ¿Puedo hablar con usted?

—Claro. Espere un momento.

Silverton se acercó a la puerta, puso el cartelito de CERRADO, pasó el cerrojo y luego señaló hacia el interior de la tienda.

—Entre —invitó—. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias.

La trastienda era grande y había en ella numerosos estantes, con artículos de fontanería y electricidad. En un rincón, Drexell divisó un pequeño homo.

Muchos de los artículos estaban en sus cajas de embalaje: Los ojos de Drexell recorrieron los rótulos de las cajas.

—¿Y bien, señor Drexell? —dijo Silverton.

—Mick está en un apuro, pero creo que podré sacarlo —manifestó el visitante—. Sobre todo, si tenemos en cuenta que él no es el autor de los crímenes que se le imputan.

—No me diga. Entonces, ¿quién es?

—Usted, Bob.

* * *

Silverton miró de hito en hito a su visitante. Luego, de pronto, soltó una risita.

—Vamos, abogado, no bromea...

—Hablo completamente en serio —dijo Drexell—. Le diré una

cosa, Bob. Todo empezó hace algo más de veinte años, cuando una hermosa muchacha, llamada de soltera Nellie Lake, se separó de su esposo, porque no podía soportar los malos tratos que éste le daba. Nellie recuperó su apellido y luego se unió sentimentalmente a otro hombre, que la amaba con todo su corazón y también a la hija que Nellie había tenido de su matrimonio y a quien consideró siempre como propia. Sospecho que esto se lo ha contado ya Mick en alguna ocasión.

Silverton asintió maquinalmente.

—Entonces, Walter fue pescado un día con las manos en la masa y enviado a la cárcel. Walter sospechó siempre que el autor del «soplo» había sido el esposo de Nellie, por venganza, claro. Andando los años, Nellie creyó que su antiguo esposo se había regenerado y volvió a su lado, pero, por segunda vez, se equivocó de nuevo. Nellie murió asesinada, aunque, por fortuna, su hija estaba en un internado. Cuando Walter salió libre, se la trajo a su lado. La niña había sido siempre considerada como hija suya y al padre verdadero, en realidad, se le daba un ardite de la criatura. Si Faggan había sido capaz de matar a la madre, ¿qué podía importarle su propia hija?

—Oiga, me está contando un folletón lacrimógeno —se burló Silverton.

—Oh, Mick se lo contó a usted muchas veces. Bob, usted conocía al dedillo la vida y milagros de su amigo. Pero usted no ha trabajado siempre como fontanero. Hubo un tiempo en que fue actor, que representaba diversos papeles, todos ellos con distintas voces, y empleaba máscaras muy bien hechas para representar personajes populares. Incluso se fabricaba usted mismo las máscaras, ya que tenía buenas manos. También llegó a representar números de hipnotismo. Era usted bueno, pero no un genio, no la clase de artista que se disputan los públicos. Al fin, su arte dejó de interesar.

»Los años se le echaban encima y era preciso encontrar dinero como fuese. Aprendió fontanería y se estableció aquí. Es usted paciente, desde luego, no le importó esperar años, incluso, antes de iniciar su actuación.

»Ya se había hecho amigo de Walter y fingía ayudarlo, llamándole para trabajitos que requerían un ayudante. Cosa curiosa,

siempre iban a casas elegantes y los trabajos de reparación duraban algunos días. Era preciso conocer bien la disposición de la casa, para el momento en que el ladrón fantasma diese el golpe. Cuando el ladrón fantasma desvalijaba una caja fuerte, volvía a su casa con las joyas y usted las recogía.

—Vaya imaginación —se burló Silverton.

—Es la realidad. Usted aguardó hoy inútilmente a Karen. Yo sorprendí a Karen en casa de Fisher y la llevé a la de mi hermano. Silverton, uno de sus errores consistió en ignorar que mi hermano es un reputado psiquiatra y que entiende de hipnotismo tanto como usted, por lo menos. De este modo, Karen ha podido hablar y contarle todo... en realidad, cada vez que era preciso dar un golpe, usted hipnotizaba al padre y a la hija.

»El padre se quedaba en casa y ella debidamente entrenada, era la que robaba las cajas fuertes y recogía las recaudaciones de la agencia de apuestas. Faggan sabía que no podía resistirse y usted, sobre todo al principio, necesitaba fondos para financiar su plan.

Silverton se puso serio. Drexell se dio cuenta de que el sujeto empezaba a sentirse acorralado.

—Entonces, cuando Karen había cometido va varios robos y usted tenía un espléndido botín, decidió complicar las cosas, para que Walter, al final, acabase cargando con todas las culpas. Usted conocía a los testigos que habían declarado falsamente para exculpar a Faggan. Parecía lógico que Walter quisiera vengarse de ellos. Maine murió envenenado y los demás a tiros, sin poder hablar nada, excepto el último, que sobrevivió lo suficiente para contar a varios testigos que su asesino había sido Walter. A propósito, ¿no le molesta uno de sus brazos? Harrow pudo herirle antes de morir, ¿sabe?

Silverton se tocó maquinalmente el brazo izquierdo y se mordió los labios. Drexell lanzó una risita y prosiguió:

—Lo que Harrow vio, en realidad, era una máscara. Usted y Mick tienen una figura parecida y la máscara completó la superchería. Porque si todos los demás habían muerto instantáneamente, ¿qué objeto tenía permitir que Harrow sobreviviera un poco, si no era para que declarase que Mick había sido su asesino?

Hubo una pausa de silencio.

—La máscara aparecerá por alguna parte y también el revólver con el que cometió los asesinatos —dijo Drexell—. En realidad, todo fue desencadenado por la muerte de la señora Clawborne, ejecutada por un hombre desesperado por la falta de dinero. Ese crimen había sido achacado al ladrón fantasma y usted decidió aprovechar la ocasión. Ya había conseguido un magnífico botín, pero existía el riesgo de que tanto Mick como Karen recordasen algún día la sugestión a que eran sometidos casi periódicamente. Por tanto, Mick debía ir a la cárcel y usted abandonaría el país con algo así como un millón en joyas. Complicar más a Karen habría resultado tal vez contraproducente, por lo que decidió dejarla en paz, tras el último golpe.

—Es una chica excelente —dijo Silverton—. Pero ¿habrá más pruebas de lo que ha dicho?

—La declaración de Karen, bajo hipnosis, está grabada.

—Abogado, ha resultado ser usted infernalmente listo. ¿Quién le dio detalles de mi vida?

Drexell sonrió.

—Una chica que, en tiempos, fue ayudante suya en el escenario. No duró mucho, porque usted la despidió, debido a un lío en que se había metido y del que yo la saqué libre.

—Clara Edgson —recordó Silverton en el acto.

—Sí.

—Antes habló de algunos errores míos. Incluso citó uno. ¿Hay más errores, abogado?

—Sí. Usted dijo que Mick había estudiado hipnotismo en la cárcel. Una cosa es estudiar algo y otra aprenderlo y poder practicar lo aprendido.

Los labios de Silverton se curvaron desdeñosamente.

—Como hipnotizador, el Urraca era un asco —dijo—. A mí me bastaba chasquear los dedos para sumirlo en trance. La hija era más difícil, créame.

—Lo sé, Bob. —Drexell volvió la cabeza hacia uno de los rincones—. ¿Fundía en ese horno el oro de las joyas? —preguntó.

—No creo que esto le interese ya mucho —contestó Silverton.

Drexell miró al sujeto. Silverton empuñaba un revólver con silenciador.

De pronto se oyó una voz:

—¡Tire el arma, Silverton!

Drexell se lanzó al suelo. Silverton giró un poco y apretó el gatillo.

La respuesta fueron dos disparos. El asesino empezó a caer lentamente al suelo. Se agitó un poco y murió.

Oliver entró, seguido por algunos agentes de uniforme.

—Me dieron tu recado hace unos minutos —dijo—. Una tal Clara...

Drexell sonrió.

—Le indiqué la hora exacta en que debía avisarte —manifestó.

—Querías la gloria para ti, ¿eh?

—No, lo que deseaba era hacer hablar a Silverton.

—¡Pero si todo lo has dicho tú!

—Y él no ha negado nada, Ray.

Oliver meneó la cabeza.

—Bueno, ¿y dónde diablos están las joyas? —exclamó.

Drexell paseó la mirada por las estanterías. De pronto, se fijó en una caja. El rótulo que había pegado en uno de sus costados decía: FUSIBLES.

El joven sonrió. Bajó la caja y la puso sobre la mesa. Luego levantó la tapa.

Oliver lanzó un grito de admiración. La caja estaba forrada interiormente de una gruesa capa de terciopelo negro. En su interior fulgía una enorme cantidad de piedras preciosas de todas clases.

—El oro, la plata y el platino de las monturas, en lingotes, deben de estar por alguna parte —dijo Drexell.

Oliver asintió, fascinado por el increíble espectáculo de las gemas.

—Esto parece el tesoro de la cueva de Alí Babá —dijo.

De pronto, se volvió hacia el abogado.

—Val, tenías razón —añadió—. Walter estaba muy enfermo. Ha muerto hace menos de media hora. Un paro cardíaco.

Drexell suspiró.

—Ahora descansa —murmuró.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la salida. El sol brillaba con fuerza.

Karen le esperaba. Tenía que ayudarla a olvidar.

El juez oyó las declaraciones de los testigos, del fiscal y del defensor, y dictó su sentencia:

—Resulta patente que la procesada cometió los delitos estando sometida a la influencia de una mente extraña, que la impulsaba, contra su voluntad, al quebrantamiento de la ley. Por tanto, cualquier acusación debería ser dirigida contra la persona que sugestionaba a la procesada, pero, puesto que esa persona ha fallecido, no ha lugar a ninguna acusación más. El caso queda sobreseído y la procesada exculpada totalmente.

Drexell hizo una ligera inclinación.

—Señoría, en nombre de mi defendida y en el mío propio, gracias —dijo.

El juez miró a Karen y sonrió. Drexell tomó la mano de la muchacha.

—Estás libre, Karen —dijo.

Ella se puso en pie. Aparecía algo pálida, pero con buen aspecto. Víctor y Jean Drexell salieron con ellos del juzgado.

—Tenemos que cenar juntos esta noche para celebrarlo —propuso Jean.

—¿Te encontrarás de humor, Karen? —consultó Val.

Ella sonrió.

—Debo empezar a vivir de nuevo —contestó.

Jean empujó a su esposo.

—Anda, llévame al supermercado, pronto. Tengo que comprar una enormidad de cosas para la cena de esta noche...

Val y Karen quedaron solos en la escalinata del Palacio de Justicia.

—Karen, antes has dicho que debes empezar a vivir de nuevo —dijo él.

—Sí, es lo que deseo...

—Ya nadie influenciará tu mente, nadie te mandará nada que tú no estés dispuesta a hacer por tu propia voluntad. Aunque quizá tengas que obedecer una orden mía.

—¿Qué orden, Val?

—Pues... contestar sí cuando te pregunte si quieres casarte conmigo.

Los ojos de Karen resplandecieron.

—Ésa es una orden que cumpliré de muy buena gana —
respondió.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA

. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.